

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis, et
justitiae partes tuendas suscepistis.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO ROMANO.

Deumque, cujus causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet
—Pío IX al Director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid, 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los comisiona-
dos, y 15 rs. al mes y 42 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs.—En Ultramar 90 rs. trimestre.—La
administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provin-
cias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, rue Tai-
bout.—No se devuelve ningún manuscrito.

CÓRTEES CONSTITUYENTES.

Extracto de la sesión celebrada el día 28 de Di-
ciembre de 1870.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR DON MANUEL RUIZ ZORRILLA.

Abierta la sesión a las cuatro, y leída el acta de la anterior por el señor secretario Llano y Persi, fué aprobada.

Las Cortes quedaron enteradas de tres comunicaciones del Gobierno dando cuenta de los decretos en que se nombra ministro de Estado el señor D. Juan Bautista Topete, y de Ultramar al señor don Adelardo López de Ayala.

El señor presidente interino del CONSEJO DE MINISTROS (Topete): Señores diputados: no hace más de cinco días que yo desde los bancos de la oposición decía a mi país lo que leal y noblemente creía, según las circunstancias del mismo me aconsejaban, y mi situación especialísima me imponía.

Vengo, señores, a explicar la causa por que me encuentro transitoriamente en este sitio.

La causa es la explicación de todos vosotros. Un grave atentado, un crimen horrendo se ha cometido ayer. Al saber yo que mi ilustre amigo el señor general Prim había sido objeto de ese atentado, yo, señores, sentí herida la revolución; sentí herida la libertad de mi patria; sentí herida la honra nacional; y al ver herida esa revolución, yo que tan orgulloosamente enarbolarla su bandera desde aquel sitio el otro día, vengo hoy a levantarme desde este banco y a abrazarla a ella con más entusiasmo que nunca.

(Bien, bien.) Al saber yo ese atentado, me fui a la casa del señor presidente del Consejo; y al ver yo ensangrentado el cuerpo de uno de los hombres más eminentes de la revolución, ¿a quien yo había dado acogida en el puente de la Zarzoga; al oír la voz de S. A. el regente del reino que me alargaba una mano para afianzar el principio de la revolución, yo no pude menos de atender al fin a símplicas que se me hacían en momentos de aflicción y para atender a circunstancias gravísimas.

Yo, señores, me debo a mi país, yo me debo a mi patria, según he proclamado aquí en este momento; vengo, aquí a cumplir un deber de honra: pero este sitio en que me hallo en estos momentos, no me releva de ninguna de las resoluciones que anteriormente he tomado; no me hace olvidar de ninguna de mis creencias, simpatías y propósitos.

Yo sigo en el mismo pensamiento; pero aquí tengo un mandato como hombre de la revolución, y como hombre que me debo a mi país; y yo vengo a sostener en este puesto el voto legal de la Cámara constituyente. (Aplausos.)

Yo, que sigo teniendo las mismas convicciones sobre la elección de monarca, que antes tenía, os digo que vengo aquí a hacer cumplir la voluntad de la Cámara. Yo por lo tanto iré a buscar ese monarca que vosotros habéis elegido. (Aplausos.)

A pesar de no haber dado mi voto, yo os aseguro que mi pecho será su escudo, y hasta que él elija la persona que debe venir a este puesto a formar Gobierno, ejerciendo por primera vez su prerrogativa, de su vida os respondo con mi vida. (Aplausos.)

Por esta misma causa tengo aquí, señores, a mi amigo el Sr. Ayala. La Providencia ha resuelto, por lo visto, en sus inscrutables designios que los señores Ayala y Sagasta tengan que estar a mi lado en los momentos solemnes de la revolución. Dichas estas palabras, yo vengo a manifestar a la Cámara lo que nosotros creemos: nosotros venimos aquí a defender la revolución, la libertad y la sociedad comprometidas. (Aplausos.) Conocemos perfectamente las circunstancias; y en el breve período durante el que yo pueda permanecer en este puesto, os aseguro que defenderemos todos, y defenderemos con decisión, los grandes intereses que nos están encomendados.

Pero este Gobierno necesita que vosotros le robustezcais, que nos alenteis con vuestro poderoso auxilio. Nosotros necesitamos, ante la gravedad de las circunstancias, que se conceda la aplicación del art. 1.º de la ley de orden público, para hacer de esta ley el uso que los sucesos tracen a los depositarios del poder público, interesados en lo demás, e interesados firmemente en sostener la libertad y los intereses sociales del país con la garantía del derecho, con el concurso de la Cámara y con el respeto de la Constitución.

¿Qué más podré yo decir? Solo una cosa. Yo me atrevo a hacer un ruego a la Cámara; ruego que creo será escuchado con benevolencia en todos los lados de ella. Yo os pido, señores diputados, la votación definitiva de las leyes que están discutidas, y también os pido encarecidamente que discutáis y voteis todas las que nos hacen falta para gobernar en estos días.

No diré una palabra más, porque no quiero debilitar las que ya he dicho, y las que quisiera que estuviesen a la altura de las circunstancias. Vuelvo a repetir que venimos a defender los más caros intereses de la sociedad; y en cuanto a mí, por mucho que conozca lo crítico de las circunstancias, creed que no me harán desviar de los sentimientos que recientemente y en ocasiones varias he manifestado.

Yo no dudo, señores, de la libertad; yo pienso que todos la salvaremos, si olvidando pequeñas rencillas por el momento; si olvidándonos todos, todos, de nuestra aspiración particular, no nos acordamos más que de nuestra querida patria, de esta España que tanto amo yo, y que quisiera legar a mis hijos ilustrada con la libertad, que es la fuente de la verdadera grandeza de los pueblos. (Aplausos.)

El señor marqués de la VEGA DE ARMILLO: Pido la palabra.

El Sr. FIGUERAS: Pido la palabra.

El Sr. VINADER: Pido la palabra.

El señor presidente interino del CONSEJO DE MINISTROS (Topete): Pido la palabra.

El señor marqués de la VEGA DE ARMILLO: Señores diputados: siempre tengo una gran dificultad para dirigir mi palabra al Congreso; pero hoy es mayor por la gravedad de las circunstancias, y tanto que si no fuera porque por causas especiales no se hallan aquí personas de autoridad superior a la mía, yo no hubiera tomado la palabra en estos momentos.

Solo la ausencia de esas dignísimas personas hace que la tome, y por lo mismo, me recomiendo más que nunca a la benevolencia del Congreso.

No pensaba levantarme más en este sitio; al hacerlo ahora, quiero que mi primera palabra sea de reprobación contra esos infames asesinos que han atentado a la vida del presidente del Consejo de ministros. (Bien, bien.)

El Gobierno nos tendrá a su lado para anatematizar esos crímenes y para apoyarle en la cuestión de orden público en cuanto de nuestras débiles fuerzas dependa.

Esto no quiere decir que nosotros abdicásemos en lo más mínimo nuestras ideas políticas. Respondiendo a las generosas aspiraciones salidas del corazón

del Presidente interino del Consejo de Ministros, yo ofrezco a S. S. nuestra débil cooperación, ofrecimiento que también sale de lo más hondo de nuestro corazón.

Conste, pues, que si nosotros, que hemos sostenido lo que en conciencia creíamos que era cumplir la Constitución y el Reglamento, y que habiendo visto una y otra vulnerados, pensábamos no volver a este sitio, venimos hoy nuevamente, es porque las circunstancias de la patria y la revolución, en cuyo afianzamiento estamos grandemente interesados, hacían necesaria aquí nuestra presencia en este día memorable.

Salvada así nuestra situación; ofrecido nuestro apoyo para anatematizar los crímenes horrendos, lo mismo que a sostener al gobierno en la cuestión de orden público; salvada nuestra responsabilidad política, solo me queda pedir al Sr. Presidente del Consejo de Ministros, que comprenda que no por que viles asesinos hayan atacado la personalidad de su antecesor, puede perecer en este país la libertad, y que por lo tanto, al tomar las medidas que S. S. crea prudentes para salvar a la patria, tenga siempre presente que la patria se salva más con la libertad que con las medidas rigurosas. (Bien, muy bien.)

La ley, señores diputados, y nada más que la ley. Confío en que no habrá una sola persona amante de la patria que no se asocie a vosotros; pero no deis siquiera el más mínimo pretexto para que en estas críticas circunstancias no formen un haz completo los hombres de Septiembre contra los enemigos de la revolución.

El señor PRESIDENTE: El Sr. Figueras tiene la palabra.

El Sr. FIGUERAS: Señores diputados, como mi amigo el señor marqués de la Vega de Armijo, yo también había resuelto desde el día de la proposición de que tenéis conocimiento, no pisar más los umbrales de estas puertas; pero el lamentable acontecimiento ocurrido ayer, me ha obligado a presentarme en este sitio, y he sido designado para ello por mis dignos compañeros de ministerio, no por lo que yo pueda valer dentro de ella, que otros hay que valeo más y que hubieran podido elevar con más autoridad su elocuente voz en este sitio, sino por la posición especial en que me encuentro.

Nosotros, señores, no tenemos más que una bandera, la de la moralidad y la de la legalidad, y no puede llamarse hombre de moralidad y de legalidad el que no vaya constantemente al buen fin por buenos medios. (Bien, muy bien.) Nosotros, pues, condenamos altamente el atentado de ayer; no queremos saber quiénes lo cometieron; no nos importa saberlo; sean quiénes fueren, es un asesinato el que han cometido, y el asesinato no entra ni entrará jamás en nuestras doctrinas; los asesinos serán condenados desde estos bancos en nombre de la moralidad que encierra más que nada la idea republicana.

Y con este motivo, señores, voy a concluir recordando un hecho. Hace pocos días que se me ha echado en cara con aplauso de la mayoría, que yo por una circunstancia análoga felicite al señor presidente de las Cortes porque la reina destronada se había librado del puñal del asesino. ¿Qué diréis ahora, señores? Hice entonces un acto honrado; hago un acto honrado hoy también; a los que entonces se reían les diré que responda ahora su conciencia. (Bien, bien.)

Únicamente tengo que declarar que esto no variará en nada el propósito y la conducta de la minoría, que es combatir constantemente a un Gobierno que ha violado la Constitución. (Un señor diputado: En periódicos como *El Combate*). La ley ha caído sobre ellos.

El señor PRESIDENTE: Yo suplicaría al señor Figueras que después de hacer la declaración que ha hecho, esperase siquiera hasta que la sesión terminara.

El Sr. VINADER tiene la palabra.

Hace breves momentos probablemente habría hablado en un sentido muy distinto del que ahora voy a hacerlo; entonces creí poder asociarme completamente al sentido vuestro; pero antes de principiar la sesión, que todos habíamos de decir una misma palabra, que expresase igual sentimiento: vosotros parecéis que lamentais la desgracia ocurrida ayer, el crimen horrendo que todos conocéis, en bien de la Constitución, de lo que vosotros llamais libertad. Nosotros lo reprobamos también. Esto nos ha traído aquí también a mis compañeros y amigos; todos habíamos pensado lo mismo; pero no para reprobado en nombre de la libertad atacada, sino en nombre de la justicia hollada. Todos los asesinos, donde quiera que se encuentren, no solo contra la seguridad individual, sino también contra la libertad de cualquier género que sean, vengán de donde vinieren, serán siempre por nosotros reprobados.

Tengo que manifestar lo mismo que han expresado las dignísimas personas que han hablado antes que yo. Esto no es motivo para que nosotros nos apartemos ni un solo instante de nuestro propósito, ni para que abdicásemos en nada de nuestras doctrinas. La desgracia ocurrida ayer, y que tiene otros análogos, no contribuye a otra idea sino a que nosotros nos abracemos más estrechamente a nuestra bandera, porque todo el rigor que venga de las leyes, incluso la suspensión de las garantías constitucionales, que tiene que surgir en el primer instante, no es lo que ha de salvar a la sociedad y a la patria; esto podrá darle un día de tranquilidad y de orden; lo que contribuye a salvarla no son las doctrinas disolventes, sino las que nosotros profesamos; y esto explica por qué hoy con más ardor y con más anhelo que nunca, lamentamos las que creemos preocupaciones vuestras, y nos abracamos más estrechamente a lo que consideramos las únicas salvadoras doctrinas.

El señor presidente interino del CONSEJO DE MINISTROS (Topete): Pido la palabra.

El señor PRESIDENTE: La tiene V. S.

El señor presidente interino del CONSEJO DE MINISTROS (Topete): El Gobierno ha oído con la mayor gratitud las palabras que han salido de los labios de mi amigo particular el Sr. Figueras. No podía menos de creer la Asamblea que la oposición republicana viniese aquí a protestar contra el horrendo crimen que todos deploramos. Ancho y legal campo hemos dado en la Constitución para que todas las aspiraciones tengan su desarrollo natural. Usado, y usado bien, señores de frente.

Lo que ha dicho el Sr. Vinader es muy natural desde el punto de vista de S. S.; yo así lo creo, y desde luego estoy conforme en que todo crimen es muy deplorable y digno de reprobación.

Con respecto a las palabras dichas por mi amigo el señor marqués de la Vega de Armijo, yo solo diré una cosa: que yo sabía que desde esos bancos no podrían salir más que esas palabras; yo sabía que todos los que habíamos tenido una opinión, era una opinión leal, noble y franca; con ella creíamos hacer la felicidad de la patria; la mayoría de esta Cámara ha creído otra cosa, y es preciso acatar esta vo-

luntad. Pero convénzanse todos los señores diputados de que la creencia que teníamos era una creencia noble y leal, y que habíamos fijado la vista en un principio que estoy seguro de que si aquí estuviese, habría observado idéntica conducta a la que yo me he impuesto.

El señor PRESIDENTE: Señores diputados: yo tengo el deber por mi posición, y lo siento mucho, de dirigirlos la palabra. No sé si acertaré a expresar lo que siento; tal es la situación de mi ánimo.

El señor presidente del Consejo de ministros, el general Prim, ha sido herido en el día de ayer; no sé si es grave o leve la herida, no lo quiero saber en este momento; aunque lo supiera, no lo diría desde este sitio. Pero sí debo decirles que al herir al presidente del Consejo de ministros general Prim, me han herido a mí también; me han herido dos veces; me han herido como amigo suyo, como amigo cariñoso, como amigo leal, como son amigos leales y cariñosos los que, a pesar de las vicisitudes políticas y de la situación en que se pueden encontrar en la vida pública, no someten ni su situación ni su criterio, ni la resolución de las cuestiones que puedan surgir, exclusivamente a la cabeza, sino que conservan el corazón tan entero como cuando escuchaba los consejos de mi madre y cuando me preocupaba, sin conocimiento de los hombres ni de la sociedad, de lo que decían mi familia y mis amigos.

Al mismo tiempo que me han herido en este sentimiento del cual no puedo prescindir, me han herido en otro, en el amor que yo he tenido y tengo, y seguiré teniendo hasta que muera a la libertad; porque sean los que quieran los hombres que han atentado a la vida del general Prim, sean los que quieran los inspiradores y los cómplices, no comprendo que no hayan tenido un momento de reflexión, un momento en que hayan meditado sobre lo que iban a hacer; que no hayan pensado, que no hayan visto (yo respeto la opinión de todo el mundo, que al herir al general Prim, herían, si no mortalmente, de una manera grave a la revolución del 68 y a la libertad de la patria. (Bien, muy bien.)

¡Ah, señores, qué cosa tan triste! qué situación tan terrible para los que vemos las cosas de cierto modo y sentimos lo que yo siento, la situación de ayer! ¿Por qué facis es explicar por los que no sienten como yo, que lo que no ven las cosas como nosotros las vemos? Yo, señores, además de sentir como amigo y como liberal lo que ayer ha ocurrido al señor presidente del Consejo de ministros, lo siento como español, porque me avergüenza de que mientras tantos tiranos y tantos tiranuelos y tantos hombres pequeños como han existido en este país, que han hollado todas las libertades, que han conculcado todos los principios y que se han burlado de todas las aspiraciones, de todas las ideas y todas las instituciones, incluso las más altas, han sido respetados y adulados, y han estado tranquilamente desempeñando sus puestos, lo cual aplaudiría yo sin reserva alguna si fuera virtud de los oprimidos y no terror que inspirasen los opresores; el hombre que, cualquiera que sea la opinión que vosotros tengáis de él, ha consagrado su vida al servicio de la libertad y de la patria, se haya visto víctima ayer de un atentado que por sus circunstancias, por los momentos en que ha ocurrido, por las precauciones que se han tomado para perpetrarlo, no tiene ejemplo en la historia de ningún país del mundo.

Yo no lo quiero explicar, porque no es este el momento de hacerlo, cualquiera sea por consideración a su familia, por consideración a sus amigos y dejando aparte la cuestión política.

Es triste y doloroso, señores diputados, que aquí, en la situación en que estamos, al cabo de los dos años que llevamos de revolución, el ejercicio más amplio y más completo de los derechos individuales, suceda lo que ha sucedido en el día de ayer, después de haber preparado la opinión (no hago alusión de ninguna clase a ningún partido, a ninguna fracción) llamando cobarde al héroe de los Castillos, llamado mal español al hombre de Méjico, y llamado tirano al hombre que todo lo ha sacrificado, tranquilidad, fortuna y vida, en obsequio de la libertad. (Grandes aplausos.)

Así es como ha venido la tentación de ayer; así es como se ha preparado el asesinato de ayer: se puede protestar, se puede decir todo lo que se quiera, todo lo que cumple al que habla peor o mejor, o el que se halla en esta situación o en la otra, respecto del acto material de ayer; pero respecto de lo que ha ocurrido anteriormente, respecto de los medios que se han empleado para hacer odioso a la opinión al general Prim, al presidente del Consejo de Ministros, respecto de las retenciones, de los folletos, de los periódicos, de las hojas sueltas, para convencer al pueblo español de que él era el único enemigo de la libertad, cuando no era más que enemigo de lo que luego diré, respecto de eso no cabe disculpa, porque los asesinos de la manera que ha venido el día de ayer, no se preparan en un momento, necesitan la preparación que este ha tenido, necesitan los auxiliares de que no me quiero ocupar en este momento. (Aplausos.)

Perdonadme todos, señores diputados; yo quisiera estar en uno de aquellos bancos para ser más explícito y más claro lo que yo puedo ser desde aquí, porque yo estoy luchando entre el amor a la libertad y el cariño que tengo a ese hombre y a esa familia, a quien he respetado y querido y a quien seguiré respetando y queriendo por lo mismo que se encuentra en el lecho del dolor, y no se si morirá mañana, como reseta y quiere el hombre de corazón a lo que le interesa, y sobre todo al amigo que se encuentra sumido en la desgracia.

Perdonadme si digo alguna palabra inconveniente que pueda herir a alguno de los señores diputados, que pueda lastimar a alguna de las opiniones: como particular, yo la sostendré; como presidente, dadla por retirada; yo no puedo evitar en este momento el encontrarme en este sitio, y no puedo evitar el que no me sea posible encontrarme en el banco de los diputados. (Momentos de suspensión.)

Y voy a concluir, señores, porque no puedo continuar; los que me conocen comprenden mi situación; los que habéis estudiado mi carácter y mis condiciones, la comprendéis también; los que no la comprenden, peor para ellos, porque no comprenden que en este país, aunque se sea hombre político, se puede ser hombre de corazón, amigo, ciudadano, correccionista, y tener todas las condiciones que debo tener el que esté dispuesto a sacrificarse, no solo por la patria, sino por las afecciones que deben ser más caras para el hombre que vive en sociedad.

Voy a concluir, señores, y lo haré diciendo que yo no sé lo que a consecuencia del acontecimiento de ayer podrá sobrevenir, podrá surgir en este país; yo no sé la situación en que los hombres de los partidos se podrán encontrar enfrente de la crisis gravísima en que se encuentra la patria; pero yo aconsejo a la Asamblea constituyente, a la mayoría de ella, a los hombres identificados con la revolución; yo aconsejo al pueblo español, si de algo puede servir la palabra de un hombre que, a falta de otras condiciones, tiene la condición de creerse hombre honrado y de arrostrar la impopularidad cuando hace falta, y de mendigarla si necesario fuera, cuando puede prestar servicios a su país, porque solo quiero la popularidad para que a mí país le sirva, no para que me sirva a mí personalmente; yo me atrevo, digo, a aconsejar a esta Asamblea y al pueblo español que tengan hoy más vigor y energía que nunca, más resolución que nunca, no para dejarse extraviar por lo de ayer y aborrecer por esto la libertad, y creera perjudicial y suponer que debe ser combatida, sino para gritar conmigo (no sé si interpretaré vuestros sentimientos): ¡Fuera la demagogia! ¡Viva la revolución! ¡Viva la libertad tal como nosotros la hemos comprendido, y tal como creo yo que la comprende el pueblo español! (Estrepitosos aplausos.)

Yo tengo algún motivo para saber lo que durante estos últimos días se predicaba en ciertos círculos y lo que se acordaba en ciertos sitios. La nobleza y el valor del general Prim no lo han tomado en consideración, desgraciadamente para mí que tanto lo quiero, para la libertad que tanto le necesito, y para el país que tanto le estima. Yo sé algo de lo que se ha acordado; pero desde aquí les digo a los asesinos del general Prim, a sus cómplices, a sus encubridores, a los que hayan podido apiadarse después ese atentado, que hagan lo que quieran; que obren de la manera que gusten; que al presidente de esta Asamblea, que al Gobierno de S. A., que a las Cortes Constituyentes hallarán dispuestos a decir lo que decían los girondinos en la república francesa: ¡Viva la libertad! y en lo íntimo de su alma: «¡Mueran aquellos que la combaten, que la extravían y que nos hacen venir al cadalso por quererla más que ellos, por comprenderla mejor que ellos la comprenden! (Grandes aplausos.)

Señalo y diganlo: lo único que a mí me ha podido afectar, lo único que he podido sentir es ver al amigo de mi corazón, al amigo del alma, en la situación en que se encuentra. Personalmente yo sé los deberes que me impone mi cargo; y los que se sirven de esos medios, los que los inspiran, los que los aplauden después, los que tienen estas o las otras reuniones, pero que demuestran ser antipatriotas, y sobre todo ser cobardes e indignos (grandes aplausos), estén seguros de que, si no quieren ensañarse con ninguno de los diputados, aquí tienen al presidente de la Cámara, a quien no se atreverían a acometer cara a cara, porque la mayor de mis satisfacciones sería correr en este puesto protestando contra los excesos a nombre de la libertad cometidos, y gritando hasta el último momento de mi vida: ¡a pesar de ellos: ¡Viva la libertad! (Grandes y prolongados aplausos.)

El Sr. SUNER Y CAPEDEVILA: Señores diputados: He entrado en este recinto, llevado más por la emoción que por la convicción, y por escuchar las protestas que el Sr. Figueras estaba encargado de hacer en nombre de la minoría republicana, que por otro motivo. No pensaba de modo alguno usar de la palabra; pero al oír al señor presidente de la Asamblea, y ver que al comentar el hecho infame y miserable del atentado cometido contra el general Prim, dirigía su voz, su vista y sus acciones a estos bancos, yo me he preguntado si S. S. al hablar de encubridores, instigadores y cómplices, entendían dirigirse a los individuos de la minoría republicana. Y antes de pasar adelante y de protestar con mi nombre y en el de mis amigos contra estas que puedo llamar suposiciones, tengo necesidad de saber si realmente el señor presidente hacía alusión a nuestras personas.

Por mi parte, declaro que ni ahora, ni antes, ni nunca, seré yo instigador, cómplice ni encubridor de ninguno de esos hechos, y no tenía necesidad de hacer esta declaración; pero la asistencia con que S. S. se ha dirigido a estos bancos, me obliga a preguntar de nuevo si es que hacia alusión a nosotros, y en caso de que así sea, exijo que se escriban esas palabras y se nos dé la satisfacción debida. He dicho.

El señor PRESIDENTE: Dejo aparte la cuestión de S. S., y me felicito de sus palabras y de las del señor Figueras; pero yo he debido creer, y como tengo el valor de mis actos, más todavía en circunstancias solemnes, he debido manifestar aquí que el hecho de ayer no nace en un momento; que ha de haber habido anteriormente excitaciones, prevenciones conciliabulos y demás a que se acude para cometer un hecho de la naturaleza del que ha tenido lugar en momentos, en circunstancias y de la manera en que se ha cometido el día de hoy. No me ocupamos.

No me he referido a la minoría republicana. ¡Ah! si yo, queriendo como quiero al general Prim, y amando como amo la libertad, hubiera tenido el medio de decir quién había sido el instigador, cómplice o autor, lo hubiera venido a decir aquí, para demostrarles de lo que es capaz un hombre que siente y quiere como yo. No he podido, pues, citar personas, como no he podido dirigir a nadie ni mi mirada ni nada de lo que decía el Sr. Suner, porque no tengo pruebas. Lo que creo, lo he dicho ya, y lo repetiré, para que no se crea que es indiferente leer un periódico que predica la disolución y el asesinato. Es verdad que protestamos todos después, del mismo modo que si tenemos un lance con un amigo, expresamos nuestro sentimiento al día siguiente de haberlo herido, cuando el día anterior las cuestiones de amor propio nos han obligado a no ceder a las nobles insinuaciones de nuestros padrinos.

El Sr. SUNER Y CAPEDEVILA: Comprenderán los señores diputados que si al primer discurso del señor presidente no hubiera seguido la rectificación que acaba de hacer, la minoría republicana hubiera quedado en mal puesto ante el país; pero después de dadas esas explicaciones, he conseguido lo que deseaba, y nada más tengo que decir.

El señor PRESIDENTE: Voy a dar ahora una explicación que no había querido dar antes. Yo agradezco con toda alma las explicaciones que ha dado el Sr. Suner; yo me alegraría de que las aceptasen los redactores de *El Combate* (Bien, bien), de los que veo uno en este recinto.

El Sr. CALA: Señores Diputados: alguna vez antes de ahora, se ha hecho alusión en la Cámara al periódico *El Combate*, a cuya cabeza aparecía yo como uno de sus redactores, y no me he creído autorizado para dar explicación alguna relativa a la marcha del periódico. En este momento será muy sobrio, porque podría parecer que envolvía cierto género de cobardía, aunque yo la llamo plausible, el querer declinar completamente toda participación en la conducta de ese periódico. Todos los que me conocen, saben cómo yo habré escrito; pero en todo lo que se refiere al asesinato, que rechaza la conciencia, y la mía en particular, yo mucho menos podría dejar de manifestar en esta ocasión los sentimientos que siempre he manifestado; creo que con esto, y

sejo a la Asamblea constituyente, a la mayoría de ella, a los hombres identificados con la revolución; yo aconsejo al pueblo español, si de algo puede servir la palabra de un hombre que, a falta de otras condiciones, tiene la condición de creerse hombre honrado y de arrostrar la impopularidad cuando hace falta, y de mendigarla si necesario fuera, cuando puede prestar servicios a su país, porque solo quiero la popularidad para que a mí país le sirva, no para que me sirva a mí personalmente; yo me atrevo, digo, a aconsejar a esta Asamblea y al pueblo español que tengan hoy más vigor y energía que nunca, más resolución que nunca, no para dejarse extraviar por lo de ayer y aborrecer por esto la libertad, y creera perjudicial y suponer que debe ser combatida, sino para gritar conmigo (no sé si interpretaré vuestros sentimientos): ¡Fuera la demagogia! ¡Viva la revolución! ¡Viva la libertad tal como nosotros la hemos comprendido, y tal como creo yo que la comprende el pueblo español! (Estrepitosos aplausos.)

Yo tengo algún motivo para saber lo que durante estos últimos días se predicaba en ciertos círculos y lo que se acordaba en ciertos sitios. La nobleza y el valor del general Prim no lo han tomado en consideración, desgraciadamente para mí que tanto lo quiero, para la libertad que tanto le necesito, y para el país que tanto le estima. Yo sé algo de lo que se ha acordado; pero desde aquí les digo a los asesinos del general Prim, a sus cómplices, a sus encubridores, a los que hayan podido apiadarse después ese atentado, que hagan lo que quieran; que obren de la manera que gusten; que al presidente de esta Asamblea, que al Gobierno de S. A., que a las Cortes Constituyentes hallarán dispuestos a decir lo que decían los girondinos en la república francesa: ¡Viva la libertad! y en lo íntimo de su alma: «¡Mueran aquellos que la combaten, que la extravían y que nos hacen venir al cadalso por quererla más que ellos, por comprenderla mejor que ellos la comprenden! (Grandes aplausos.)

Señalo y diganlo: lo único que a mí me ha podido afectar, lo único que he podido sentir es ver al amigo de mi corazón, al amigo del alma, en la situación en que se encuentra. Personalmente yo sé los deberes que me impone mi cargo; y los que se sirven de esos medios, los que los inspiran, los que los aplauden después, los que tienen estas o las otras reuniones, pero que demuestran ser antipatriotas, y sobre todo ser cobardes e indignos (grandes aplausos), estén seguros de que, si no quieren ensañarse con ninguno de los diputados, aquí tienen al presidente de la Cámara, a quien no se atreverían a acometer cara a cara, porque la mayor de mis satisfacciones sería correr en este puesto protestando contra los excesos a nombre de la libertad cometidos, y gritando hasta el último momento de mi vida: ¡a pesar de ellos: ¡Viva la libertad! (Grandes y prolongados aplausos.)

El Sr. SUNER Y CAPEDEVILA: Señores diputados: He entrado en este recinto, llevado más por la emoción que por la convicción, y por escuchar las protestas que el Sr. Figueras estaba encargado de hacer en nombre de la minoría republicana, que por otro motivo. No pensaba de modo alguno usar de la palabra; pero al oír al señor presidente de la Asamblea, y ver que al comentar el hecho infame y miserable del atentado cometido contra el general Prim, dirigía su voz, su vista y sus acciones a estos bancos, yo me he preguntado si S. S. al hablar de encubridores, instigadores y cómplices, entendían dirigirse a los individuos de la minoría republicana. Y antes de pasar adelante y de protestar con mi nombre y en el de mis amigos contra estas que puedo llamar suposiciones, tengo necesidad de saber si realmente el señor presidente hacía alusión a nuestras personas.

Por mi parte, declaro que ni ahora, ni antes, ni nunca, seré yo instigador, cómplice ni encubridor de ninguno de esos hechos, y no tenía necesidad de hacer esta declaración; pero la asistencia con que S. S. se ha dirigido a estos bancos, me obliga a preguntar de nuevo si es que hacia alusión a nosotros, y en caso de que así sea, exijo que se escriban esas palabras y se nos dé la satisfacción debida. He dicho.

El señor PRESIDENTE: Dejo aparte la cuestión de S. S., y me felicito de sus palabras y de las del señor Figueras; pero yo he debido creer, y como tengo el valor de mis actos, más todavía en circunstancias solemnes, he debido manifestar aquí que el hecho de ayer no nace en un momento; que ha de haber habido anteriormente excitaciones, prevenciones conciliabulos y demás a que se acude para cometer un hecho de la naturaleza del que ha tenido lugar en momentos, en circunstancias y de la manera en que se ha cometido el día de hoy. No me ocupamos.

No me he referido a la minoría republicana. ¡Ah! si yo, queriendo como quiero al general Prim, y amando como amo la libertad, hubiera tenido el medio de decir quién había sido el instigador, cómplice o autor, lo hubiera venido a decir aquí, para demostrarles de lo que es capaz un hombre que siente y quiere como yo. No he podido, pues, citar personas, como no he podido dirigir a nadie ni mi mirada ni nada de lo que decía el Sr. Suner, porque no tengo pruebas. Lo que creo, lo he dicho ya, y lo repetiré, para que no se crea que es indiferente leer un periódico que predica la disolución y el asesinato. Es verdad que protestamos todos después, del mismo modo que si tenemos un lance con un amigo, expresamos nuestro sentimiento al día siguiente de haberlo herido, cuando el día anterior las cuestiones de amor propio nos han obligado a no ceder a las nobles insinuaciones de nuestros padrinos.

El Sr. SUNER Y CAPEDEVILA: Comprenderán los señores diputados que si al primer discurso del señor presidente no hubiera seguido la rectificación que acaba de hacer, la minoría republicana hubiera quedado en mal puesto ante el país; pero después de dadas esas explicaciones, he conseguido lo que deseaba, y nada más tengo que decir.

El señor PRESIDENTE: Voy a dar ahora una explicación que no había querido dar antes. Yo agradezco con toda alma las explicaciones que ha dado el Sr. Suner; yo me alegraría de que las aceptasen los redactores de *El Combate* (Bien, bien), de los que veo uno en este recinto.

El Sr. CALA: Señores Diputados: alguna vez antes de ahora, se ha hecho alusión en la Cámara al periódico *El Combate*, a cuya cabeza aparecía yo como uno de sus redactores, y no me he creído autorizado para dar explicación alguna relativa a la marcha del periódico. En este momento será muy sobrio, porque podría parecer que envolvía cierto género de cobardía, aunque yo la llamo plausible, el querer declinar completamente toda participación en la conducta de ese periódico. Todos los que me conocen, saben cómo yo habré escrito; pero en todo lo que se refiere al asesinato, que rechaza la conciencia, y la mía en particular, yo mucho menos podría dejar de manifestar en esta ocasión los sentimientos que siempre he manifestado; creo que con esto, y

con adherirme a lo expuesto por los Sres. Figueras y Suner, he dicho bastante sobre este punto.

El señor PRESIDENTE: Estimó en lo que vale la declaración del Sr. Cala; pero me queda el sentimiento de no ver aquí algunos otros señores diputados, redactores de ese periódico, para que hubieran repugnado lo que los Sres. Cala y Suner repugnan.

Se dió cuenta de la siguiente

Proposición incidental.

«Pedimos a las Cortes se sirvan declarar que han visto con profundo sentimiento el atentado cometido contra el marqués de los Castillos, presidente del Consejo de ministros, y que confiando en el patriotismo de S. A. el regente, del presidente de las Cortes y del Gobierno, están dispuestas a dar todo su apoyo en defensa de los intereses de la revolución y de la sociedad.

Palacio del Congreso 28 de Diciembre de 1870.—Cristino Martos.—Eduardo Gasset y Artime.—Francisco Santa Cruz.—Francisco Romero Robledo.—Santiago Diego Madrazo.—Telefófono Montejó.—Albano Gil Sanz.

El Sr. ROMERO ROBLEDOS: Debo comenzar haciendo una advertencia. Cuando yo he firmado esa proposición, decía: «para defender los altísimos intereses de la sociedad, en primer término; y después, la revolución y la libertad»; ha sufrido una alteración, sin duda por que ha sido un borrador lo que yo diré; pero conste esto. Por lo demás la proposición se defiende por sí misma, porque todos los hombres honrados estarán conformes en asociarse al sentimiento que se manifiesta con motivo del atentado contra el general Prim; y todos los señores diputados, sin diferencia de opiniones, conformes en execrar semejante atentado.

(Varios señores diputados piden la palabra.)

El señor VICEPRESIDENTE (García Gómez): Aunque el curso de esta proposición exigía que se tomara ahora en consideración, creo que las circunstancias me autorizan para conceder la palabra a los señores que la han pedido.

La tiene ahora el Sr. Figueras.

El Sr. FIGUERAS: Esta proposición envuelve dos cosas: un acto de reprobación contra los que han intentado el asesinato del general Prim, y un voto de confianza al Gobierno. Yo no me voy a ocupar de lo que antes dije; pero como estas colectividades son susceptibles de vértigos, voy a hacer a la Cámara un recuerdo. Un asesino dirigió contra Luis Felipe una máquina infernal que hizo

ses de la revolución y la sociedad,» palabras que están de mi letra.

Y así explicado el hecho, ¿qué diferencias pueden deducirse de aquí entre los individuos de la mayoría de la Cámara? Pues que, al hacer la revolución de Setiembre queríamos subvertir los fundamentos del orden moral y del orden social. No, señores, bajo el imperio de la libertad se rigen más ordenadamente la sociedad, y no hay gobierno mejor asentado que el que se basa en el respeto a la libertad y a todos los derechos del hombre. ¿Por dónde ha de haber pugna entre la libertad y los intereses sociales? Estamos, pues, de acuerdo todos los que hemos votado el respeto a los fundamentos del orden social establecido en el libro 1.º de la Constitución, porque los intereses de la sociedad y de la revolución son unos mismos.

El Sr. ROMERO ROBLEDÓ: No recuerdo que el Sr. Martos me indicara al acercarme a S. S. lo relativo a los intereses de la sociedad; pero sí que en una conferencia anterior estuvimos de acuerdo sobre este punto, y que así redactada la proposición, la mandé a la firma de S. S., quien me la devolvió firmada, sin que yo después la viese. Pero me hizo impresión al oír la lectura hecha por el señor secretario, el que se hablaba solo de los intereses de la revolución y la libertad, y por eso llamé la atención de la mesa respecto a la falta de la palabra «sociedad».

Por lo demás, de acuerdo con las explicaciones del Sr. Martos, a mí me hubiera gustado ver antepuesta la sociedad a la revolución, pues por encima del estado político está siempre el estado social de todos los países.

El Sr. MARTOS: El Sr. Romero Robledo, ha confirmado mis palabras. Estábamos, en efecto, de acuerdo para la proposición, y las alteraciones que en ella me he permitido hacer han sido en consonancia con ese acuerdo. En cuanto a la lectura hecha por el Sr. Secretario, no me extraña que S. S. no acertara a leerla bien, porque mi letra es muy mala y a mí mismo me cuesta trabajo leerla.

Espero, pues, que con estas explicaciones el Señor Santa Cruz, no retirará su firma.

El Sr. SANTA CRUZ: Debo decir con la lealtad con que siempre hablo, que me enteré de la proposición por un amigo que me la leyó, y comprendiendo que se refería a manifestar nuestro sentimiento por el atentado cometido contra el señor general Prim, y a ofrecer al Gobierno el apoyo de la Cámara para defender los intereses de la sociedad y el orden público, que es lo que está en estos momentos, en mi opinión, sobre todo, no tuve inconveniente en firmarla.

Cuando después al leerla el señor secretario he notado que faltaba lo esencial, que era los intereses de la sociedad, me he levantado a hacer la observación oportuna; porque yo, señores, amo, mucho la libertad, pero en el tanto, después de las explicaciones dadas por los Sres. Martos y Romero Robledo, no tengo por qué retirar mi firma.

El señor marqués de la VEGA DE ARMILLO: No pensaba volver a hacer uso de la palabra esta tarde; pero el estado de la proposición que tanta discusión ha promovido entre sus mismos firmantes, me obliga a levantarme para declarar nuestra actitud acerca de ella.

La proposición tiene dos partes: una referente a reprobación al crimen cometido ayer; nosotros estamos dispuestos a votarla; pero hay otra que es un voto de confianza dado no solo al Gobierno, sino también cosa que no se ha visto nunca en este sitio, al regente del reino y al presidente de la Cámara. Y habiendo yo manifestado antes cuál es nuestra posición en estas circunstancias, que es la de reprobación enérgica del crimen y ofrecer nuestro apoyo al Gobierno en la cuestión de orden público, dejando, sin embargo, a salvo nuestras opiniones en la cuestión política, nosotros no podemos dar ese voto de confianza al Gobierno, el cual, ni en esta cuestión ni en ninguna, tiene derecho a exigirnos la abdicación de nuestros principios.

Por otra parte, el señor presidente del Consejo ha manifestado que su estancia en ese banco es grandemente transitoria; que se presenta ahí a defender a la cabeza del Gobierno los altos intereses de la sociedad, y solo así comprendo el sacrificio de mi amigo el Sr. Topete. Pues bien; para salvar el orden y la libertad ofrecemos nuestro voto, pero no para una política que ni conocemos siquiera. Y como queremos asociarnos a la reprobación del crimen cometido que se ha querido cometer en la noche de ayer, os rogamos que dividáis la proposición en dos partes, a fin de poder dar nuestro voto a la primera.

El Sr. CANOVAS DEL CASTILLO: No tengo que encañonar con profunda y sincera es la indignación con que protesto en nombre de mis amigos contra el infame atentado cometido ayer. Condenamos todo género de violencia, y especialmente esos crímenes que han sido intentados o cometidos en España en medio de nuestras luchas políticas. Asocio, pues, mi voz a la de los distinguidos oradores que han tomado parte en este debate.

Pero por lo mismo que el crimen es tan grande y aborrecible, y un indicio de la triste perturbación en que nuestro país se halla, yo hubiera querido que esa proposición tuviera una forma que a todos nos permitiera votar, a los que queremos y a los que no queremos la libertad política. Esa cuestión del crimen de anoche afecta a intereses más altos que los de la revolución de Setiembre y los de la libertad; en eso se ataca a la moralidad pública, a la justicia y a las bases fundamentales de todas las sociedades humanas.

Si queréis una protesta digna y apropiada a las circunstancias de las distintas fracciones de esta Cámara, ¿por qué no la traéis en una forma conveniente? Pero no la habéis traído así, y yo lo siento, pero creo que con estas declaraciones queda cubierta nuestra responsabilidad, aunque no podamos asociar nuestros votos a la proposición que se discute.

En esa proposición va envuelto un voto de confianza y una tendencia política que no es la tendencia unánime de todas las fracciones de la Asamblea. Así, pues, si no se modifica, manteniendo ya estas protestas contra el vil atentado de que ha sido víctima el general Prim, nos abstendremos de votar la proposición, por no dar un voto de confianza anónimo, que no está en nuestra dignidad dar al Gobierno.

Hecha en seguida la pregunta de si se tomaba en consideración la proposición, se acordó afirmativamente, así como que no pasara a las secciones y se discutiera en el acto; y no habiendo quien tuviese pedida la palabra, se procedió a votar por partes, a petición de varios Sres. Diputados, siendo aprobada por 201.

También fue aprobada la segunda parte que comprendía el resto de la proposición; por 140 contra tres.

En seguida se leyeron, declararon conformes con lo acordado y aprobaron definitivamente las leyes sobre dote flotante, dote del monarca y ceremonial para recibir el juramento al monarca.

Letido el dictamen de la comisión, dijo:

El Sr. DIAZ QUINTERO: Pido que se lean los artículos 138 y 142 del Reglamento. (Se leyeron.)

He protestado a tiempo de que no había número bastante de diputados para votar leyes, y por consiguiente protesto también contra esas leyes, que no son tales porque no tienen los requisitos que exige el Reglamento.

El señor VICEPRESIDENTE (García Gómez): V. S. y algún otro señor diputado han pedido que fuera nominal la votación, y para eso no eran S. S. el número que previene el Reglamento.

Se abre discusión sobre el dictamen que acaba de leerse.

El Sr. CALDERON Y HERCE: Pido la palabra.

El señor VICEPRESIDENTE (García Gómez): Se suspende esta discusión. Tiene la palabra el señor ministro de la Gobernación.

El señor ministro ocupó la tribuna y leyó un proyecto de ley pidiendo la suspensión de las garantías constitucionales.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Las Cortes consideran lo urgente que es este proyecto. El Gobierno replica a las Cortes que le declaren de urgencia y le pasen inmediatamente a las secciones.

Previo la oportuna pregunta, las Cortes acordaron que el proyecto pasara inmediatamente a las secciones para nombramiento de comisión.

El señor PRESIDENTE: Las Cortes van a reunirse en secciones para nombrar la comisión que ha de dar dictamen sobre este proyecto, que se presentará inmediatamente y se discutirá a su debido tiempo. Se suspende la sesión.

Eran las seis y media.

Abierta de nuevo la sesión a las nueve, se leyeron dos dictámenes de comisión: uno, de la que ha entendido en la comunicación del señor ministro de Gracia y Justicia relevando del impuesto especial al contralmirante D. José Malcampo por el marquesado de San Rafael; y otro de la de prórroga para la construcción del ferrocarril de Campillos a Granada; anunciándose que ambos dictámenes se imprimirían y repartirían.

El Sr. Nuñez de Arce leyó el dictamen sobre suspensión de garantías constitucionales, anunciándose igualmente que se imprimiría y repartiría.

Las Cortes acordaron que no hubiera sesión esta noche.

El señor VICEPRESIDENTE (Madrazo): Orden del día para mañana: Los asuntos pendientes, y los dictámenes que acaban de leerse.

Se levanta la sesión.

Eran las nueve y cuarto.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 29 DE DICIEMBRE DE 1870.

EL PRINCIPIO DE AUTORIDAD.

No es el crimen triste privilegio de ninguna época, ni la naturaleza del hombre es distinta hoy de lo que era ayer.

Aun en los mejores tiempos de la sociedad cristiana, el corazón humano daba cabida al espíritu de venganza, a la animosidad, a la injusticia y a todas las pasiones, en fin, que oscurecen la mente y excitan a la comisión de enormes delitos y espantosos atentados.

Pero nadie podrá negar que el carácter y el número de los crímenes varían, conforme varían también las ideas predominantes en un pueblo o en una época. Y hasta se puede asegurar que no hay termómetro más cierto para conocer el estado de civilización verdadera de un pueblo, que la crónica del género de crímenes que en él se cometen.

Así, por ejemplo, los hombres pensadores saben ya cómo apreciar la civilización de Grecia y Roma, que tantas veces se nos ha presentado por modelo, desde que el estudio formal de aquellos pueblos célebres ha dado a conocer la enormidad de los crímenes que allí se cometían como cosa corriente y tolerable. El asesinato de los niños deformes, el incesto, el adulterio, el suicidio y otros que la pluma se resiste a describir eran tan frecuentes, que han llegado a considerarse como característicos de aquellas brillantes, pero efímeras y vanas civilizaciones.

Lo mismo puede decirse de la civilización bizantina en su postrera época, y de la de algunos siglos de la Edad Media, en que las ideas cristianas perdían su influencia por la corrupción de los hombres. De este modo también se empieza a comprender el valor de la refinada cultura de Inglaterra y de Francia, y en general de todas las naciones influidas por los modernos principios racionalistas que tienden a romper todo lazo de unión entre el hombre y Dios, entre lo natural y lo sobrenatural, entre el tiempo y la eternidad.

Hay dos hechos innegables y profundamente lógicos en nuestro tiempo, que por sí solos debían bastar para hacer aborrecible el liberalismo que los engendra. Ambos hechos son: la vulneración y el menosprecio del principio de autoridad primario, y como consecuencia de esto, el ataque a mano armada contra las personas que, con derecho o sin él, representan aquel principio.

El atentado de que ha sido víctima el general Prim, nos ha hecho pensar en la frecuencia con que se repiten los regicidios o el asesinato de los primeros gobernantes de un país. Han acudido a nuestra imaginación en confuso tropel la muerte violenta del duque de Parma, padre de doña Margarita de Borbon, la tentativa de Orsini y la del Cura Merino; el homicidio de Abraham Lincoln en los Estados Unidos; y el intento frustrado contra el emperador de Rusia en París; y nos hemos acordado de Narvaez, milagrosamente libertado de una bala traidora; y del general O'Donnell, también amenazado por un asesino, y como pertenecientes al mismo orden de ideas, han acudido a nuestra memoria los nombres de muchos generales arrastrados por las turbas liberales, en Zaragoza, Barcelona, Valencia y otros puntos; y la no lejana muerte del gobernador de Burgos y del secretario del gobierno en Tarragona, hechos todos que prueban de una manera inconcusa cuán funesto es desprestigiar el principio de autoridad, y cuán terrible burlarse oficialmente de las doctrinas del Catolicismo, únicas que revelan a los gobernantes el secreto de contener, sin necesidad de la fuerza bruta, las pasiones desenfrenadas de la multitud y del individuo.

Ayer en el Congreso el Sr. Ruiz Zorrilla se lamentaba de que hubiesen vivido tranquilos tantos tiranos como había habido en esta tierra, y de que precisamente se atentase hoy contra la vida del que la había consagrado toda entera a la libertad.

Si la inteligencia del Sr. Ruiz Zorrilla no fuese refractaria a todo meditación profunda y seria, de ese hecho que él presentaba dolientemente a la consideración de su auditorio, hubiera podido deducir consecuencias fundamentales en orden a los principios que deben ser la base de toda sociedad bien organizada.

Esos que llama el Sr. Zorrilla tiranos, han vivido en España tranquilamente; amados, por lo común, del pueblo y respetados como representantes de Dios. Y fue necesario que el liberalismo viniese a romper las cadenas de esa soñada tiranía, para que ni el monarca ni sus delegados merecieran el respeto profundo que han menester imprescindiblemente su autoridad y sus personas, para no ser objeto de asechanzas criminales.

Este pueblo independiente y libre por su naturaleza, por sus costumbres, por su historia, castigó severamente en ocasiones a sus procuradores en Cortes, cuando no cumplían con el mandato que se les encomendaba; pero nunca pensó siquiera en atentar contra la persona de sus reyes, ni aun de sus legítimos delegados, hasta que las ideas liberales, inauguradas prácticamente en Francia, con el asesinato de Luis XVI, se abrieron paso en España.

Doña Isabel II, primer monarca francamente liberal en este país, fué también el primer monarca que vio amenazada su existencia por el puñal de un asesino.

Y quien ha herido a D. Juan Prim, al hombre que, según Ruiz Zorrilla, ha consagrado su vida entera a la libertad? La mano de la libertad, de eso que se llama libertad, poderosamente auxiliada por otra mano, gemela de esta, por la mano de la anarquía que el Gobierno mismo ha armado con el puñal y la tea.

Pues qué, ¿pensáis que vanamente se predicen ciertas doctrinas y se santifican ciertos hechos sin que haya quien saque sus naturales consecuencias? ¿Pensáis que no hay más que alcanzar el poder por medio de conspiraciones, y decir luego que no hay poder legítimo si no nace de la soberanía del pueblo? ¿Pensáis que hasta tener seguro el apoyo de los cañones como fundamento de la autoridad, prescindiendo de los principios morales, sin los que el mundo sería una verdadera casa de fieras?

Por otra parte, ¿qué ha estado sucediendo en España desde la revolución acá? Además de la proclamación de esos principios absurdos que el liberalismo nos vende como elixir prodigioso para todos los males de la sociedad, ¿no hemos visto la impunidad espantosa con que se han cometido crímenes horrendos? ¿Acaso no se han vulnerado las mismas leyes que se daban como garantía a los adversarios del Gobierno? ¿Hay alguien que no recuerde con horror los fusilamientos verificados sin formación de causa, hechos hasta en personas exentas de responsabilidad? ¿No ha oído todo el mundo las confesiones de un hombre cínico que daba a conocer en letras de molde ciertos *arbitrios de guerra* para asesinar a personas determinadas, y no ha visto todo el mundo que ese hombre, después de confesar en público su crimen, marchaba a la isla Filipinas a ejercer un empleo oficial? ¿No son conocidas de todos mil cosas más que no que nos traen a la memoria por no atormentar a los que hoy, con justo motivo, aunque con bien poca lógica, a fé nuestra, se duelen, como sinceramente nos dolemos nosotros, de que el general Prim haya sido víctima de un atentado horrible, ya que no víctima de esta falta absoluta de sentido moral que en todas partes se nota y que el Gobierno fomenta néscia é inconsideradamente?

Bien puede decirse que en esta ocasión solo nosotros, los que defendemos los verdaderos principios de orden y moralidad, los que pedimos que la autoridad se funde en algo más seguro que las bayonetas, más sólido que una votación de amigos, y más filosófico y más respetable que el simple *decreto humano*, solo nosotros podemos levantar la voz muy altamente y condenar en ese hecho que tanto ha llamado la atención pública, el efecto y las causas.

¡Oh! el crimen contra la autoridad no se remedia sino dando a la autoridad aquel carácter sagrado que todavía reconocemos en el padre de familia y que no queremos reconocer en el soberano legítimo de un pueblo. Autoridades que deben al odio nada más su existencia, o tal vez a una votación ridícula no conquistarán nunca el respeto de los pueblos.

No debe olvidarse esto el duque de Aosta; no deben olvidarlo aquellos príncipes que, haciendo traición a su origen y al de su familia, se dejan arrastrar por el torrente revolucionario, olvidando que la santidad del derecho es la verdadera inviolabilidad del gobernante.

EXPLICACIONES DE TOPETE.

Con gran concurrencia en la Cámara y tribunas empezó la sesión a las cuatro de la tarde de ayer. Había general curiosidad por ver cómo se componía el Sr. Topete para explicar su conducta, tan en contradicción con sus terminantes declaraciones del día 23; así fué que todo el mundo prestó atento oído, cuando, después de leídos los decretos de la regencia sobre modificación ministerial, el Sr. Topete se levantó para dirigir, ya desde la cabecera del banco azul, su voz a los señores diputados.

En verdad podemos decir, porque lo vimos y lo presenciamos, que las palabras del Sr. Topete no dejaron a nadie satisfecho; ni a los aostinos, ni mucho menos a los montpensieristas. Y es que rara vez se encuentra un hombre en una situación tan falsa y tan insostenible como la del señor Topete.

Recientes están sus declaraciones en favor de Montpensier; su afirmación de que por nada ni por nadie acortará la distancia que le separa del duque de Aosta; sus propósitos de no aceptar cargo alguno, porque el hombre que como él se ha sublevado está incapacitado para mandar; y sin embargo, cuando todavía suena el eco de estas palabras, se vé al que las pronunció ministro de Estado, ministro de la Guerra y presidente del Consejo de ministros. Convergamos en que no ya el Sr. Topete, cuya habilidad y tacto político no son muy grandes que digamos, pero ningún hombre público hubiera podido salir airoso de este atolladero.

El Sr. Topete nos dijo en sustancia, que al saber el atentado de que había sido víctima el general Prim, se llenó de indignación; que fué a casa del herido; que se conmovió; que el regente le estrechó la mano, diciéndole: «¡salve Vd. la revolución!» y que como se debe a la patria, aceptó provisionalmente la gelfatura del Gobierno, sin cambiar por eso sus compromisos bien conocidos. Todo esto se le ocurrió decir al Sr. Topete, añadiendo para consuelo de los aostinos, que iría a Cartagena, y traería al duque de Aosta y le defendería con su propio cuerpo.

A medida que oíamos al Sr. Topete, iba subiendo de punto nuestro asombro; hasta que al fin no sabíamos qué pensar, como el general al oír al cazador en la comedia de *De potencia a potencia*. Comprendemos que el Sr. Topete se indignara al saber el atentado contra el general Prim; comprendemos que se apresurara a ir a verle; también comprendemos que se conmoviera, y hasta que el regente le tendiera la mano; pero ya no comprendemos lo mismo que le digiera «¡salve Vd. la revolución!» y menos que él, tomando esto por lo serio, se dispusiera a ser Gobierno. Si el Sr. Topete quería hacer un servicio a su amigo Prim, enhorabuena que se hubiese estado día y noche cuidándole a la cabecera de la cama; pero en política, cuando hay diversidad de principios, de opiniones y de partidos, no se pueden hacer servicios análogos a los de la amistad.

Supongamos que el general Prim le hubiese dicho hace algunos días al Sr. Topete: «Estoy enfermo, y debe Vd. sustituirme; hoy pensaba desahogar al duque de Montpensier y pedir a las Cortes que voten la proposición de Romero Robledo; hágalo Vd. por mí.» ¿Qué hubiera respondido el Sr. Topete? ¿Se hubiese ido muy grave al banco azul a pronunciar un discurso contrario al que dijo el día 23, y hubiese firmado después la orden de destierro de su amado duque, disculpándose con la enfermedad del general Prim? Es de suponer que

no, por más que dada la actual conducta del señor Topete, nada tendría de extraño que lo hubiese hecho.

No se comprende, pues, que el Sr. Topete haya subido al poder con un Gobierno al que combatía hace pocos días, y que tiene una política en principios y personas muy distinta a la suya. Todavía se comprende que le hubiera dado, desde su puesto, todo su apoyo moral y material, para salvar los intereses, malos o buenos, que creyese amenazados; pero ni podía exigísele más, ni él podía dar más.

Pero admitiendo por un momento lo que es inadmisiblemente que el Sr. Topete hubiera podido aceptar provisionalmente el Gobierno, debía abstenerse de todo aquello que tuviera relación con el duque de Aosta; porque ni es laudable en el Sr. Topete ir a recibir y a poner en el trono a un príncipe que ha combatido, ni es airoso para el príncipe venir en manos de un hombre cuyos compromisos y afecciones por otro príncipe son conocidos de todo el mundo. Hay ciertas cosas que no pueden hacerse con ningún pretexto y en ningún caso. El Sr. Topete, siguiendo una conducta verdaderamente inexplicable, no puede quedar bien con nadie. ¿Qué plato de gusto será para Montpensier y todos los montpensieristas, ver a Topete acompañando en su entrada real al duque de Aosta!

Después de hablar el Sr. Topete, Ruiz Zorrilla pronunció ayer el indispensable discurso, condenando el atentado de que ha sido víctima el general Prim, y manifestando su profundo sentimiento. A esto debió limitarse, y se hubiera excusado muchas inconsecuencias. Por las palabras y el acento, parecía que el Sr. Ruiz Zorrilla se lamentaba de que los hombres de las situaciones anteriores no hubieran sido asesinados. La intención no sería esta, pero podía deducirse de las siguientes palabras dichas con acento de dolor é indignación: «Parece imposible que a tanto tiranuelo, que a tanto gobernante despótico como ha habido en España, nada le haya pasado, y al general Prim, que siempre ha combatido por la libertad, haya sido víctima de unos asesinos.»

Además el Sr. Zorrilla culpaba, en cierto modo, del atentado, a la tribuna y a la prensa, y a las predicciones demagógicas, llegando hasta citar *El Combate*. Esto motivó una protesta de los señores Figueras y Cala, los cuales en nombre de su partido, como el Sr. Vega Armijo y el Sr. Cánovas, y como el Vinader, reprobaron el delito de que se trataba.

Nosotros admitimos, prescindiendo ahora del atentado contra el general Prim, que ciertas libertades y predicciones dan crímenes por resultados; pero ¿quién es el responsable? ¡Ah! Sr. Ruiz Zorrilla; si por esas libertades y predicciones España se convierte en un infierno, la culpa es de los que han abierto las puertas al error y han proclamado una libertad absurda y bárbara, origen de funestas calamidades.

Varios diputados de la mayoría presentaron ayer una proposición, para que las Cortes declarasen que habían sabido con sentimiento el atentado contra el general Prim; y diesen un voto de confianza al Regente, al presidente de las Cortes y al Gobierno. Esta manera de involucrar y confundir cosas muy diferentes, ocasionó protestas y reclamaciones de todas las fracciones de la Cámara. Los Sres. Vega Armijo, Figueras y Cánovas, declararon que votarían y aprobarían la primera parte de la proposición, pero no la segunda. La mayoría accedió por fin a que se votara por partes; y la primera fue aprobada por unanimidad: la segunda por 140 votos.

En la sesión de la noche se leyó el dictamen sobre el proyecto de suspensión de garantías constitucionales: hoy se discutirá y mañana nos hallaremos en estado de sitio.

Hacia ya mucho que la Constitución, no había sufrido eclipse total.

RECELOS.

El proyecto de ley de suspensión de las garantías constitucionales presentado ayer por el Gobierno que preside accidentalmente el Sr. Topete, no ha caído muy en gracia de las diversas fracciones de la mayoría.

Deshecho, como decimos en otra parte, el error de que el Sr. Ríos Rosas había aconsejado al señor Topete la aceptación del puesto que hoy ocupa, no es extraño que los montpensieristas anden algún tanto perplejos en cuanto a la conducta que deben seguir respecto de aquel proyecto. Pero los que sin duda alguna se encuentran más apurados son algunos radicales, sobre todo, los demócratas.

Como decíamos ayer, las balas que han herido al general Prim han dado de rechazo en el corazón del partido progresista. El retraimiento forzoso del general Prim de los negocios políticos, ha puesto en evidencia la falta de hombres que hay en aquel partido y la incapacidad de este. Los ministros progresistas llamando en su auxilio a uno de los elementos de la revolución que tanto empeño había tenido en echar de su lado, y rogando a los señores Topete y Ayala que aceptasen puestos importantes en el Gobierno, han hecho pública confesión de la desconfianza que tienen en sí mismos.

Comprenden muchos radicales el efecto que todo esto puede causar en el ánimo del duque de Aosta y temen que los unionistas se coman la partida, esto es, que el futuro monarca les confíe la dirección de la política, y les dé influencia y destinos, que esto de los destinos no se elvida ni aun en circunstancias tan críticas como las actuales.

Y teniendo presente el cambio posible del personal del Gobierno, dicen algunos progresistas y la fracción democrática: «Poco a poco: ¿no puede suceder que al votar la suspensión de garantías constitucionales nos entreguemos atados de pies y manos a nuestros más encarnizados enemigos?»

Esta consideración y el recuerdo de lo acaecido en 1866, cuando los unionistas votaron una suspensión de garantías constitucionales que sirvió para los moderados, ha movido a ciertos ministeriales a poner reparos al proyecto leído ayer tarde en las Cortes por el Sr. Sagasta, y a pedir su modificación. *El Imparcial*, órgano de los recelosos, publica hoy un largo artículo acerca de la suspensión de garantías, y en él se vé a la legua que preferiría que no aprobasen las Cortes esa medida; pero que de hacerlo, quiere que se haga con ciertas limitaciones:

«Existe, pregunta *El Imparcial*, ese peligro inminente, esa ineludible necesidad de medidas extraordinarias, esa insuficiencia del procedimiento ordinario judicial y de la legislación ordinaria?»

El Imparcial no dice su opinión acerca de ese punto; se limita a expresar la del Gobierno:

«Pero si las Cortes, añade, resolviesen afirmativamente, preciso es al mismo tiempo, y la Asamblea no podrá menos de apreciar debidamente la necesidad de fijar desde luego un término a la suspensión de las garantías y a las medidas extraordinarias.»

La necesidad de poner limitaciones al proyecto de suspensión de garantías quiere demostrarlo *El Imparcial* en las siguientes líneas:

«Prescindamos de todo cálculo de probabilidad, é indiquemos que constitucionalmente cabe el que el rey nombre durante el interregno parlamentario, y aun poco después de su llegada un ministerio, del que sólo alguno o ninguno de los actuales ministros formen parte. Y en este caso, hay constitucionalmente la posibilidad de que el voto de confianza que la Cámara diese al actual gabinete recayese en otro ministerio, cuya composición no sería fácil prever. De modo que las Cortes se expondrían, si no en lo probable, a lo menos en lo posible, a que el último, o uno de los últimos actos de su soberanía, sería hacer recaer su confianza en un gabinete al cual se la habría negado si hoy estuviese funcionando.»

Y esto no tendría correctivo de ninguna especie, porque las Cortes que habrían votado la suspensión de garantías no existirían ya para exigir la responsabilidad por el uso que de esa suspensión se hubiese hecho.

Conviene, además, tener presente que si se votase pura y simplemente la suspensión, sin fijar término, hasta un nuevo Parlamento, y disolviéndose en seguida o muy poco después el actual, como el poder ejecutivo no puede restablecer por sí la situación constitucional, porque sería abrogar una ley por medio de un decreto, y ni aun para restablecer la Constitución en toda su integridad, es posible admitir tal precedente, las elecciones para las futuras Cortes tendrían forzosamente que ser hechas bajo un régimen excepcional, circunstancia que no poco menguara el prestigio del nuevo Parlamento, mucho más, cuando va a ensayarse la constitución de un Senado electivo.»

La suspensión de garantías constitucionales es una autorización concedida al poder ejecutivo para que tome todas aquellas medidas que crea necesarias para mantener el orden, y esa autorización, como todas, es renunciable. Por lo tanto, no hay necesidad de que haya Cortes para restablecer la legalidad constitucional, por más que a *El Imparcial* se le antoje hoy suponerlo con el fin de que las actuales Cortes no se disuelvan. Bien se ve que es pura y simplemente una cuestión de personas lo que le mueve a poner sus peros al proyecto de suspensión. *El Imparcial* teme que el nuevo rey elija un ministerio unionista en el cual nunca podrían tener confianza los progresistas y demócratas (y harían bien en no tenerla); y además el actual ministerio no es tampoco de gran confianza para los primistas. Hé aquí todo el fundamento del artículo de *El Imparcial*, que en el fondo es de oposición. No nos sorprende; dentro de poco, si las cosas siguieran por el camino que ayer tenían trazas de seguir, veríamos también de oposición a *La Iberia*.

Sea como quiera, muchos deben ser los diputados que piensen lo mismo que *El Imparcial*; así que, como verán nuestros lectores en otro lugar, la comisión encargada de emitir dictamen acerca del proyecto presentado ayer por el Sr. Sagasta ha enmendado la plana al ministro proponiendo a las Cortes que la suspensión de garantías no dure más que hasta el 31 de Enero. Pero esto no basta: no se quiere, como se ve por lo que hemos transcrito del artículo de *El Imparcial*, que las actuales Cortes se disuelvan, y para ello, según nos anuncia el mismo diario, órgano del Sr. Martos, y de los *cimbrios* y de todos los radicales recelosos, nos anuncia que los individuos de la comisión encargada de dar dictamen acerca del proyecto relativo a las garantías presentarán en la sesión de hoy, no como individuos de aquella comisión, sino como diputados, una proposición que dice así:

«Los que suscriben, en vista de las graves circunstancias por que atraviesa el país, teniendo en cuenta lo acordado por las Cortes soberanas el día 23 del corriente, y deseando poner en armonía aquella disposición con la ley que suspende hasta 31 de Enero las garantías constitucionales, piden a las Cortes se sirvan declarar que después del acto del juramento del rey las Cortes se reunirán durante los seis primeros días de Febrero para oír las explicaciones que dé el Gobierno de su conducta durante el plazo que las garantías constitucionales hayan estado suspendas.»

El Imparcial comenta de este modo la anterior proposición:

«Si la ley de suspensión de garantías no ha de regir más que hasta 31 de Enero, y por otra parte el Gobierno debe dar cuenta a las Cortes del uso que haya hecho de las facultades en cierto modo discrecionales que establece la ley de orden público, nada más natural que, sean las mismas Cortes que suspenden las garantías las encargadas de examinar el uso que el Gobierno haga de la ley.»

Si, nada más natural. Con eso los radicales están a la mira de lo que sucede. Si el rey elije de entre ellos el nuevo ministerio, no hay nada que decir; pero si forma un ministerio unionista, o dá más influencia a los hombres de este partido, que a los radicales, ¡ah! entonces, ¿quién sabe hasta dónde pueden llegar las Cortes en el uso de su soberanía? Porque en la proposición que se vá a presentar esta tarde no se pide que las Cortes se reúnan en los seis primeros días de Febrero como ordinarias, sino como constituyentes, como soberanas, porque de lo que se trata es de que la mayoría continúe teniendo la sartén por el mango.

No sabemos lo que resolverán las Cortes, aunque presumimos que partiendo la proposición de la mayoría será aprobada; pero no está demás recordar que para sacar adelante la proposición del señor Romero Robledo, en que iba implícita la disolución de las Cortes Constituyentes, se decía, y con razón hasta cierto punto, que la existencia de unas Cortes Constituyentes y soberanas era un contrasentido en el momento en que el rey electo ocupara el trono. Algun periódico ha dicho también que el duque de Aosta había puesto por condición de su venida la disolución de las Cortes.

¿Qué dirá ahora el duque de Aosta?

Dirá que este país es un burdel, y empezará a saber que todo el patriotismo y toda la abnegación de cierta gente se subordinan a la condición de que ellos han de mandar y disponer del presupuesto.

Desgracia es para el partido progresista tener que echar mano para mantenerse en el poder de todos los medios que tanto reprochó en los Gobiernos moderados y que pretexto para sublevarse, regar de sangre el patrio suelo, y arrojar del trono a la hija de Fernando VII, a la que cien veces había jurado fidelidad y obediencia.

El partido progresista ha llevado el nepotismo al último límite; ha estado viviendo durante dos años con empréstitos hechos a *cencerros tapados*; ha fusilado sin formación de causa a varias personas, entre ellas, algún imbécil; ha quebrantado la Constitución siempre que le ha dado la gana; ha condenado a presidio, y aun a pena capital, a infinidad de personas, en virtud de procedimientos arbitrarios y nulos, según el dictamen de varios de los principales abogados de esta corte, y ha recabado de las Cortes autorizaciones contrarias al espíritu y letra de la Constitución.

Una cosa le faltaba, pero no ha querido dejárselo en la incertidumbre de si era o no capaz de hacerla, yendo, según costumbre, al ejecutarla, más allá en anticonstitucionalismo que los partidos menos escrupulosos en respeto a las leyes.

Nos referimos al proyecto de suspensión de ga-

tantas. No es exacto, como dice la comisión en su dictamen, que esta suspensión se pida y se conceda en la forma prescrita en el Código fundamental de la monarquía. Y por cierto que no deja de ser extraño que tan pronto se hayan olvidado del texto de la Constitución aquellos que lo han redactado. Tampoco es cierto que esta suspensión no atente en lo más mínimo a la integridad de los derechos que las Cortes Constituyentes han proclamado y quieren afirmar a todo trance, como afirma la comisión, la cual haría mejor, ya que se ha propuesto saltar por cima de la ley, confesando ingenuamente que los derechos, libertades y demás zarandajas de que el partido progresista se vale para escalar el poder, son un obstáculo insuperable para mantenerse en él, y que no se explica de otro modo que habile tanto de ellos cuando está caído, como los vulnera, desprecia y pisotea cuando está levantado. Así al menos el pueblo se desengañaría de que los partidos liberales son todos lo mismo, y que para esos partidos es todo bueno si les da por resultado disfrutar de los puestos oficiales, única aspiración, como muchas veces hemos dicho, de las diversas fracciones en que el liberalismo se divide.

Peró demosémos, casi pudieramos decir que matemáticamente, la inconstitucionalidad del proyecto de suspensión de garantías.

Dice el artículo 31 de la Constitución:

«Art. 31. Las garantías consignadas en los artículos 2.º, 5.º y 6.º y párrafos primero, segundo y tercero del 17, no podrán suspenderse en toda la monarquía ni en parte de ella sino temporalmente y por medio de una ley, cuando así lo exija la seguridad del Estado en circunstancias extraordinarias.»

Promulgada aquella, el territorio a que se aplicase se regirá, durante la suspensión, por la ley de orden público establecida de antemano.

Pero ni en una ni en otra ley se podrán suspender más garantías que las consignadas en el primer párrafo de este artículo, ni autorizar al Gobierno para extrañar del reino, ni deportar a los españoles, ni para desterrarlos a distancia de más de 250 kilómetros de su domicilio.

En ningún caso los jefes militares o civiles podrán establecer otra penalidad que la prescrita previamente por la ley.

Parécenos que el texto de la ley es claro y terminante, no ofrece dudas ni da lugar a tergiversaciones.

Véase, sin embargo, el dictamen de la comisión que ha entendido del proyecto de suspensión de garantías:

«Artículo único. Se declaran suspensas las garantías consignadas en los artículos 2.º, 5.º, 6.º y 36, y en los párrafos 1.º, 2.º y 3.º del art. 17 de la Constitución, hasta el 31 de Enero próximo, y el Gobierno dará cuenta a las Cortes de la aplicación de esta ley.»

Palacio de las Cortes, 28 de Diciembre de 1870. — Antonio López Botas. — J. Luis Alvarado. — Vicente Romero y Giron. — Vicente Rodríguez. — Venancio González. — Bonifacio de Blas. — Gaspar Nuñez de Arce.

Como se ve, la comisión, despreciando el artículo 31 de la Constitución, que expresamente prohíbe que se suspenda más garantías que las consignadas en su primer párrafo, suspende también las del artículo 36, que se refiere a los diputados y dice de este modo:

«Art. 36. Los senadores y los diputados no podrán ser procesados ni detenidos cuando estén abiertas las Cortes sin permiso del respectivo Cuerpo colegislador, a no ser hallados infraganti. Así en este caso, como en el de ser procesados o arrestados mientras estuvieren cerradas las Cortes, se dará cuenta al Cuerpo a que pertenezcan tan luego como se reúnan.»

Cuando se hubiere dictado sentencia contra un senador o diputado en proceso seguido sin el permiso a que se refiere el párrafo anterior, la sentencia no podrá llevarse a efecto hasta que autorice su ejecución el Cuerpo a que pertenezca el procesado.

Basta ya de bromas, señores progresistas, que más nos repugna ese proyecto que la ruda franqueza con que el general Prim proclamaba anteayer en el Congreso como única constitución vigente la *salus populi*, que traducido al romance no significa más que la voluntad decidida del partido progresista de conservar el poder por los mismos medios que lo alcanzó, es decir, pisoteando cuantas leyes se opongan a ello.

Vamos a hacer por un momento la gratuita y hasta aventurada suposición de que las Cortes representan al pueblo español, suposición que aun como tal hará reír seguramente a toda persona sensata.

Pero desafiámos sin miedo a esa risa, que a nosotros mismos nos retoza en el cuerpo, y valientemente suponemos que las Cortes, mas aún, que los 191 individuos de la mayoría que votaron al duque de Aosta, representan la mayoría del pueblo español, son expresión fiel de sus sentimientos, de sus deseos y de sus aspiraciones en lo presente y para lo porvenir.

Esto sentido, no cabe duda de que el duque de Aosta es un rey popular hasta la misma médula de los huesos, es decir, un rey nombrado por la voluntad del pueblo y amparado por su amor.

De semejante cosa debe estar convencido todo el mundo a estas horas, si atiende a las teorías liberales. Pero hay algo más elocuente y más claro que estas teorías, y ese algo son los hechos.

Un hecho es que en Cartagena se reunían hasta 14.000 hombres para recibir al duque de Aosta, 14.000 hombres que llevan municiones para hacer una verdadera campaña, lo cual indica que ese ejército no tiene solo por objeto honrar la presencia del joven duque, sino librarse del entusiasmo popular que parece ser un poco violento en Cartagena.

Otro hecho es que muchos oficiales han sido declarados de reemplazo o separados de las filas o arrestados en las prisiones militares, con gran número de sargentos y cabos, todos, por supuesto tan entusiastas de Aosta que ha habido necesidad de encerrarlos, como a los locos, para que no se extralimitaran en las demostraciones de su afecto.

Otro hecho es que no hay un palmo de terreno en el camino de aquí a Cartagena que no esté vigilado por la Guardia civil, lo cual prueba que se confía mucho en el amor de los pueblos por donde ha de pasar el mal aconsejado Amadeo.

Prescindimos de las causas que hayan podido influir en la comisión del atentado contra el conde de Reus, y que tal vez podrían dar alguna luz sobre el entusiasmo que enciende en los corazones españoles la venida de Aosta.

De lo que no podemos prescindir porque es un hecho que resume todos los mencionados y pone el sello a la inmensa popularidad del duque de Aosta, es de la suspensión de las garantías constitucionales que hoy debe votarse en las Cortes, si hay suficiente número de diputados.

En los momentos en que escribimos, ningún periódico dice que haya sublevaciones en las provincias; en parte alguna se ha alterado el orden público; y sin embargo, hoy deben suspenderse las

garantías constitucionales, como si toda España fuese una inmensa hoguera insurreccional. ¿Qué pasa aquí? ¿O qué va a pasar? Suponemos que la gravísima medida que han de tomar hoy las Cortes, no será efecto de las heridas del general Prim, sino simple homicidio frustrado, no es bastante para encerrar la Constitución bajo siete llaves. Lo que hay, es que el duque de Aosta, el rey democrático, el rey elevado al trono por la voluntad nacional, necesita para venir a Madrid, que se ponga a esa misma voluntad nacional en estado de sitio.

Pueblo español, ¿ves claramente la diferencia que hay entre las teorías y las prácticas liberales? ¿ves ahora lo que significa esa que se llama representación del país?

Escandalizado un periódico progresista de que su partido vaya a infringir el artículo de la Constitución que declara incompatible el cargo de diputado con otro cualquiera, escribe unas cuantas líneas contra el proyecto de compatibilización presentado por la comisión. Pero otro periódico, progresista también, sale al encuentro a su compañero diciéndole:

«¿Qué importa una infracción más, estimado colega, cuando tantas presenciamos diariamente! Lo que importa es que estén abiertas las puertas del Congreso a la influencia oficial, siquiera para conseguir esto, sea necesario pasar por encima de la Constitución y de las leyes.»

¿Qué dirá de esto *La Iberia*? ¿Pensará acaso que sus colegas están vendidos a la reacción para defender los principios progresistas, que *La Iberia* con tanto calor defendía cuando sus propietarios, directores y redactores estaban cesantes?

No sin sorpresa hemos leído en una carta de Florencia las siguientes líneas:

«Háblase, ignoro con qué fundamento, de un Breve que Pío IX parece haber enviado al duque de Aosta, absolviéndolo de todas las censuras eclesiásticas en que haya podido incurrir, y se lo ha enviado a ruegos de su padre el rey Víctor Manuel. El Breve ha sido transmitido a Madrid por conducto de la embajada de España, y el duque de Aosta lo encontrará a su llegada como un donativo del Papa.»

Poco enterado se muestra el corresponsal del diario catalán en materia de absolución de censuras. Estas absoluciones no se envían a manera de presente, como un ministro liberal puede enviar una credencial a la persona con quien desea congraciarse. Es necesario pedirías, y mostrarse arrepentido de los hechos que las ocasionan, y si el duque de Aosta se encuentra en este caso, desgraciado los progresistas, porque en España tendrá ancho campo donde dar pruebas de su arrepentimiento, devolviendo a la Iglesia los derechos y preeminencias que le corresponden por la ley de Dios y los Sagrados Cánones. Pero, a juzgar por lo que vemos, la noticia del corresponsal del *Diario de Barcelona*, debe de ser invención de algún desocupado, y no merece siquiera refutarse.

Es un verdadero ensañamiento recordar hoy al partido progresista los sucesos de 1866. Por eso hemos leído con extrañeza en *La Paz*, diario casi ministerial, las siguientes líneas:

«Alguna vez, hemos llamado la atención de nuestros lectores sobre el siniestro carácter que de algunos años a esta parte van tomando las insurrecciones en nuestro país. No pueden recordarse sin horror la de 1866 y la de Octubre del año pasado.»

La Paz fuera más exacta si limitara sus censuras a los levantamientos liberales. Así como el partido hoy dominante se distinguía por los asesinatos del cuartel de San Gil, el carlista cuenta entre sus héroes a Balanzategui, que por no derramar sangre española fué hecho prisionero y fusilado sin formación de causa.

Leemos en *La Epoca*:

«Todas son hoy conjeturas de carácter un tanto inhumano para calcular el tiempo que necesita para curarse el general Prim, pues mientras sus amigos sufren doblemente al pensar que no será el primer distribuidor de las gracias de la futura monarquía, los elementos favorables a la conciliación, consideran esta asegurada.»

Aunque algunos avanzan hasta suponer que el duque de la Torre sería el designado para formar ministerio, a nosotros no nos cabe duda de que si las heridas del general Prim le condenan por algún tiempo al reposo, el encargado de organizar el Gabinete será el presidente de la Cámara.

La Opinión Nacional cree, por el contrario, que el encargado de formar el futuro Gabinete será el duque de la Torre.

El Puente de Alcolea publica una adición a la orden del día del general Izquierdo al ejército, con motivo del asesinato frustrado de la calle del Turco.

El documento nada tiene de particular, sino su mala redacción, y por eso no lo publicamos.

El mismo capitán general y los jefes de los cuerpos de la guarnición, han dirigido al ministro de la Guerra una comunicación reiterando el respeto y obediencia a las leyes de las tropas que mandan.

Hablando un periódico progresista de los cambios ocurridos en el ministerio a consecuencia del atentado contra el general Prim, escribe lo siguiente:

«¿Qué ha podido suceder para este cambio de política? El acontecimiento de anoche es tristísimo ciertamente; pero ¿ha debido influir de tal manera en la marcha de la cosa pública, que exija cambios tan trascendentales en la vida del Gabinete?»

Desgracia grande para este país que todos los actos de la vida, todos los afectos del alma se convierten en negocio político, y de todos se saque partido para frustrar las aspiraciones populares.

Mal conoce a su partido ese periódico, que al parecer ha olvidado cómo los progresistas se valieron de la muerte de Calvo Asensio para una manifestación política, y removieron otras cenizas y las trajeron de lenguas tierras para reanimar con ellas el harto entonces apagado entusiasmo de sus huestes.

El Sr. Perez de Molina se ha separado del partido moderado. Se conoce que este señor no se hallaba bien con sus amigos, pues hace tiempo, según de público se dijo, que estuvo para venir al campo carlista.

Las siguientes líneas de *La Epoca* dan una idea de lo bien que conocen en Italia a nuestra patria. Deduzcan de ellas nuestros lectores el conocimiento que tendrá Aosta del país a que viene a reinar.

Dice *La Epoca*:

«Tenemos a la vista un periódico de Florencia en que se describe con alegría y entusiasmo el palacio real de Madrid en que va a residir Amadeo I. Al tra-

tar de él y de la próxima Armería Real, se habla mucho de Pelayo, de Hernán Cortés, de Roldán, del Cid, de Boabdil, de Pizarro y de Lepanto; nada tiene esto de particular, y comprendemos muy bien que, en la presente ocasión, abunden en los periódicos de Florencia el entusiasmo y el regocijo que tan escasas audita por los de Madrid.»

Por lo demás, baste decir que, según nuestro colega italiano, el palacio real de Madrid se llama *El Escorial*, para que se comprenda hasta qué punto se halla bien enterado del asunto de que trata. Otras noticias contiene, igualmente peregrinas, aunque la ya dicha escude a todas en magnitud. El periodista florentino asegura, por ejemplo, con mucha formalidad, que Felipe IV reinaba en España en 1734, y que el famoso puente llamado de Toledo, sobre el Manzanares, es obra de tiempo de los romanos.

El palacio real de Madrid, llamado el Escorial, inspira, según aquel erudito escritor, tristeza y hasta terror; pero espera que en sus inmensas salas comenzará una nueva vida de esplendor y alegría en cuanto llegue a él la joven pareja de que ha de ser residencia.

No alcanzamos a comprender qué se proponen los progresistas con ciertas cosas. Ayer el señor Ruiz Zorrilla, entre indignado y triste, decía que no había habido un asesino para ninguno de tantos tiranuelos como ha tenido España; y hoy *La Iberia*, lamentando el atentado contra el general Prim, dice: «Narvæz y González Bravo, se vieron libres de esas asechanzas.»

Preciso es que *La Iberia* haya perdido la memoria para escribir esto, que después de todo, a nada conduce. *La República Ibérica* le dice con mucha razón, que el atentado de anoche es una renovación de otro acaecido el 6 de Noviembre de 1843, y del cual daba cuenta *El Laberinto*, periódico que entonces se publicaba, en los siguientes términos:

«Duelenos inaugurar esta sección de nuestro periódico, que no ha de ser la menos interesante, con la narración del atentado de la noche del 6 de Noviembre, bajo todos aspectos lamentable.»

Asistía la reina doña Isabel II al teatro del Circo, donde se ejecutaba el baile la *Gisela*. Todo se hallaba, al parecer, tranquilo, cuando el general Narvæz salió de su casa la noche de la noche para dirigirse al baile: acompañábale en su berlina el instruido joven D. Salvador Bermúdez de Castro y el comandante Basoli; al llegar al carruaje frente a Porta-Celi, dos hombres envueltos en capas y con sombreros calabreses, lo apuntaron con sus trabucos, y una horrible detonación interrumpió el silencio de la noche.

«Sintióse herido en la frente el Sr. Bermúdez de Castro, y antes de que tuviera espacio de conocer lo leve de su herida, sonó otra descarga, de cuyas resultas el comandante Sr. Basoli, herido en la parte anterior del cráneo, cayó sobre el pecho del general Narvæz exclamando: «Me han muerto.»

Al punto hizo parar la berlina el general Narvæz: mandó trasladar a una casa frente de los Basilius a su ayudante. Invapido el general, a quien exclusivamente iba dirigido el golpe, se dirigió a pie al cuartel de la Princesa y a otros puntos militares. Después de adoptar las oportunas medidas, se presentó en el teatro del Circo, donde ya se tenía noticia del atentado, y no fue poca la satisfacción que a todos los cupo al ver sano y salvo al hombre triunfante en los campos de Ardoz.»

Al copiar esto, añade *La República Ibérica*:

«El suceso de entonces y el de ahora es parecido, y entonces, como ahora, la pasión política acusó del crimen a los partidos populares.»

Mas nosotros abrigamos el convencimiento de que ahora no sucederá como entonces, que la opinión este unánime en considerar autores del crimen a hombres políticos importantes a quien tiempos después se encargaron los más altos cargos del país.»

Y para demostrar que los delitos aprovechan políticamente a los que son víctimas de ellos, dice en otra parte el mismo periódico:

«Recuérdese el entusiasmo que despertó en España en pró de Isabel II el atentado de Merino; y que nada produjo en favor de los intereses del partido progresista, el atentado contra el general Narvæz en 1843, en el que murió su ayudante, y que la voz pública atribuyó al partido progresista, varios de cuyos hombres importantes fueron acusados públicamente por el hecho.»

La Opinión Nacional, periódico montpensierista, tampoco considera único en su clase el atentado contra el general Prim, cuando hoy dice:

«Enviamos a él y a su familia muy sinceramente la expresión de nuestro pesar; y no menos sinceramente también el pésame al partido, sea el que fuere, a que pretendan pertenecer los desdichados que cometieron anoche en la calle del Turco un crimen, de sobra semejante al que contra el general Narvæz se cometió frente a los Basilius el año 1843.»

La Opinión Nacional, implacable contra Topete, da anoche por suplemento el celebrísimo discurso de este diputado.

Es indudablemente la censura más cruel que se puede hacer de la conducta del sublevado de Cádiz, conducta que no ha sorprendido menos al público que aquella sublevarción.

La gracia es que *La Opinión Nacional* es de los periódicos montpensieristas más decididos y ardientes.

En la inteligencia de que el Sr. Ríos Rosas había influido en la resolución del Sr. Topete de aceptar la presidencia del Consejo de ministros, llama *El Diario Español* «elocuente tribuna» al orador de la minoría unionista. No sabemos cómo le llamará hoy cuando haya salido de su error el diario que muestra ahora tanto entusiasmo por los revolucionarios de 1866 como encono mostró entonces contra ellos.

Leemos en *La Política* de anoche:

«Es completamente inexacto que el Sr. Ríos Rosas decidiera anoche al brigadier Topete a aceptar el ministerio de estado con la interinidad del de Guerra y la presidencia del Consejo, como dice hoy *El Párcel*».

Cuando el Sr. Ríos Rosas llegó al Consejo que se celebraba en el ministerio de la Guerra ya estaba todo arreglado y convenido, y el Sr. Topete, cediendo a sentimientos patrióticos, había aceptado los cargos indicados, por lo que el Sr. Ríos Rosas se limitó a decir que constase así.

Conste, pues, que el distinguido jefe de la unión liberal no ha tenido parte alguna en el arreglo provisional hecho anoche en los primeros y más graves momentos del conflicto.

Los que aclamaron por salvadores de la patria en peligro a Topete y Ayala fueron los radicales, que tenían una medrana espantosa y creían que hasta el cielo se les venía encima. «Ellos, tan exclusivos y arrogantes ayer por la mañana mismo!»

La Epoca, algo más explícita que *La Política*, dice que en la reunión de ministros y personas notables celebrada anteayer, quiso saber el señor Topete cuál era la opinión de los que estaban identificados con el hecho de haber aceptado la presidencia interina del Gabinete y las carteras de Estado y Guerra. Todos guardaban silencio, según noticias de *La Epoca*, y entonces el Sr. Ríos Rosas hubo de decir algo que pareció desaprobación del hecho por el Sr. Topete.

No es solo el Sr. Ríos Rosas el que desaprobaba la conducta del Sr. Topete; *La Política* hace constar que sorprendió a todo el mundo la resolución de aquel señor, y «anotó» tenía por dudoso que fuera a Cartagena a esperar al nuevo rey. Por nuestra parte podemos decir que es general el disgusto que ha causado entre los montpensieristas el proceder del Sr. Topete, y *El Imparcial* dice que anoche oyó que lo censuraban enérgicamente varios diputados montpensieristas, calificándolo de defección y de deslealtad.

Sin embargo, *El Imparcial*, haciéndose cargo de la noticia de *La Epoca* relativa a la desaprobación de la conducta del Sr. Topete por el Sr. Ríos Rosas, dice lo siguiente:

«Nuestras primeras noticias fueron contrarias; pero sin poner en duda los informes de *La Epoca*, preferimos vivir en el error a reconocer una actitud inconcebible.»

Lo inconcebible es que haya comprendido todo el mundo lo que el entendimiento del señor Topete puede dar de sí. Y no hay que darle vueltas: en la capacidad intelectual del Sr. Topete es donde hay que buscar, en parte, la explicación de muchos actos suyos que parecen incomprensibles.

No se sabe qué harán los montpensieristas con respecto al proyecto de suspensión de garantías constitucionales, si se abstendrán de votar o votarán en contra. En el primer caso, es dudoso que se reúna el número de diputados que es necesario para hacer leyes.

Hablemos claros: ¿para qué se quiere suspender las garantías constitucionales? Para traer al rey cuya elección ha puesto el colmo a la irritación de las oposiciones, y es causa ocasional del gran temor que hay de que se altere el orden.

Y los que esto saben y son adversarios del duque de Aosta, ¿pueden dar al Gobierno los medios de imponer a la nación un rey que esta no quiere? Si los montpensieristas votan la suspensión de garantías, harán una cosa muy parecida a la del señor Topete, que creyendo que el rey que viene es una calamidad se va a buscarlo.

Porque hay que tener en cuenta que hoy los montpensieristas y Sr. Topete tenían medios de aplazar por lo menos la venida del duque de Aosta. Puesto que los radicales en un momento de apuro han acudido a ellos, podían haber acudido al llamamiento para mantener el orden, pero con la condición de que había de removerse la causa ocasional del desorden que se teme. Medios había de salir al encuentro de la escuadra que viene de Italia para inclinar al príncipe Amadeo a que aplazase por ahora su venida.

No haciéndose esto, y ayudando los montpensieristas a los asoninos, coadyuvaban, según sus anteriores declaraciones, a las calamidades de la patria.

Esta es la verdad vista a la luz de la razón y no del sentimentalismo, que nunca puede ser la palanca a cuyo impulso se mueva la política.

Leemos en *El Imparcial*:

«A las siete de la mañana de hoy habrán salido para Cartagena el presidente del Consejo de ministros, generales Zavala y marqués del Duero, directores generales de las armas, presidentes del Consejo Supremo de la Guerra y del de redenciones y enganches, y demás jefes y oficiales designados para ir a Cartagena a recibir a S. M.»

El marqués del Duero! ¿qué cosas se ven en este siglo!

El orden público parece que no se ha alterado en España a la hora presente; pero, si hemos de creer al *Imparcial*, «de todas partes se reciben noticias de próximos trastornos y se anuncian graves atentados contra el rey, contra los individuos del Gobierno, contra la situación y contra las Cortes»; es decir, que estamos sobre un volcán.

En comprobación de esto, dice anoche *La Política*, que las noticias de provincias sobre la cuestión de orden público no son tan tranquilizadoras como desearia. En Madrid mismo, añade, inspira algún cuidado el proyectado desarme de los batallones republicanos.

Después de la sesión parece que se reunió el Consejo de ministros para tratar de estos graves asuntos.

La Correspondencia decía que se habían dado las órdenes convenientes para que entregaran las armas siete batallones de voluntarios, y que algunos individuos habían cumplido ya este deseo del alcalde popular.

Parece, sin embargo, que muchos se resisten a obedecer alegando, entre otras razones, que los fusiles son de su propiedad particular.

El Imparcial, que acabamos de recibir, dice sobre esto lo que sigue:

«Hoy, según nuestros informes, se fijará un bando suscrito por el señor alcalde primero, comandante general de la fuerza ciudadana de esta capital, invitando a que en el plazo de seis horas, a lo que creemos, se disuelvan y entreguen las armas varios batallones de voluntarios, cuyas denominaciones irán expresadas.»

En el mismo bando se hará constar que serán recogidas a domicilio las armas de aquellos individuos, que perteneciendo a los expresados batallones, no hagan entrega de ellas dentro del término fijado.

Los batallones disueltos parece que son: uno de Palacio, el primero de la Universidad, el segundo de la Inclusa, el primero de la Audiencia, el primero del Hospicio, el primero del Hospital y el primero del Congreso.

Sobre la salud del general Prim, dice hoy *La Gaceta*, lo siguiente:

«Ayer 28 se levantó el apósito que provisionalmente se había aplicado al Excmo. Sr. Presidente del Consejo de Ministros, sin haber tenido lugar los accidentes que suelen presentarse en esta clase de heridas, tan sujetas a complicaciones. Actualmente el estado del enfermo no puede ser más halagüeño.»

El Imparcial por su parte se expresa así:

«El Presidente del Consejo de Ministros, ha pasado bastante bien la noche, pudiendo dormir con tranquilidad algunas horas. La reacción se ha presentado con síntomas completamente satisfactorios, y el estado general del ilustre enfermo no inspira temores por las consecuencias que puedan producir las lesiones recibidas. Su médico de cabecera, Sr. Losada, no ha creído necesario el concurso de otros facultativos para la asistencia del general Prim.»

Tenemos el gusto de anunciar a nuestros lectores que el Sr. Muzquiz ha pasado a *La Correspondencia* una comunicación desde Pamplona, desmintiendo que haya renunciado el cargo de diputado.

Dice un periódico que Víctor Manuel se toma mucho interés por el estado del general Prim. Nada más natural.

Parece, según *El Imparcial*, que al Sr. Nandín no se le ha amputado la mano en vista de que su estado

no parece tan grave como se consideró en un principio, aunque parece indudable que quedará inútil, no solo de dicha mano, sino de todo el brazo derecho.

Dice un diario noticiero que la carrera que se estableció el día 1.º de Enero próximo desde la estación del ferrocarril del Mediodía hasta el edificio de las Cortes, y desde este a Palacio, la formarán fuerzas del ejército y voluntarios, interpolados, y en idéntica forma se verificará después el desfile por delante del real alcázar.

Según *El Imparcial*, en el gaban que vestía anteayer el general Prim se cuentan hasta doce agujeros hechos por los proyectiles que recibió. En el carruaje se notan también las señales de quince proyectiles, además de hallarse destruidos los cristales de ambas portezuelas.

Un periódico de la situación anuncia que el señor Ayala parece decidido a no hacer variación alguna en el personal del ministerio de Ultramar.

Parece que durante el día de ayer fueron detenidos unos 30 individuos y puestos a disposición del señor gobernador civil, por diferentes causas.

Según un periódico, el inspector de vigilancia del distrito del Congreso dió parte anteayer de que no ocurría novedad, cuando hacia tres horas que se había cometido el crimen de la calle del Turco contra el general Prim. En su consecuencia, el tal inspector ha sido conducido a la cárcel de orden del gobernador, nombrándose otro en su reemplazo.

Mucho celebráramos que se hubiese empleado un rigor semejante con los individuos de policía en otros casos que todos tenemos presentes.

Según *El Comercio de Cádiz*, el día 27 se habló en aquella ciudad de desórdenes que se suponen ocurridos en Paterna, añadiéndose que la Guardia civil allí situada se había retirado a Medina.

Si la noticia fuera cierta, sería extraño que nada se hubiera sabido en Madrid hasta hoy.

Dice *El Tradicional* de Valencia, que al parecer en los cuarteles de la guarnición reina alguna animación a consecuencia de haberse dado orden para que quede la mitad de la fuerza que los ocupa de retén, y dispuestos a cualquier evento.

El marqués del Duero ha estado a visitar al general Prim. También ha estado el general Zabala, quizá por la primera vez desde la revolución acá.

Los periódicos de anoche dan noticia de varias prisiones llevadas a cabo con motivo del atentado de anteayer. Parece que en la calle de Quintana fue detenido por sospechas un sujeto que declaró ser uno de los siete que tomaron parte en dicho atentado. Háblase también de otras personas detenidas, entre ellas, según *La Correspondencia*, de dos taberneros, uno de ellos dueño de la taberna de la esquina de la calle del Turco; el mismo periódico añade que uno de los dos taberneros es italiano.

El Puente de Alcolea dice hoy que ha sido preso también el cochero de una de las berlinas que obstruían la calle del Turco al pasar el carruaje del general Prim.

Según *El Puente de Alcolea* hasta las tres de la madrugada de hoy aseguraban las autoridades de las provincias que el orden público no se alterará en lo más mínimo.

Según *La Correspondencia*, se ha dado orden a las tropas de los cantones para que mañana se aproximen a Madrid, a fin de pasar el día 1.º de Enero una gran revista en esta capital.

Según un diario noticiero: Hay exageración en las noticias dadas por la prensa acerca del estado del general Prim, las heridas ni son tantas ni tan graves como se creía, y solo la del hombro parece que ofrece más cuidado, aunque tampoco es grave, y de ella es de donde le han estraido las dos balas esféricas. La reacción febril añade es muy benigna, presentando el pulso 72 latidos por minuto.

El general Prim, dice también, seguía a las dos de la tarde bastante bien. Había cedido la fiebre, un copioso sudor y algunos ratos de tranquilo descanso habían mejorado su estado.

Por ahora, según el mismo periódico, no se hace precisa la amputación de la mano al teniente coronel graduado Sr. Nandín, según opinión de la junta de médicos, y su estado es regular. No tiene más herida que la de la mano, y no le ha interesado músculo ni arteria de las principales. A las dos y media de la tarde parece que le levantaron el apósito.

Según *La Esperanza*, al extraerle al general Prim la cuarta bala le entró una gran calentura que puede ofrecer grave cuidado, dado su temperamento bilioso.

Leemos anoche en *La Política*:

«El brigadier Topete saldrá positivamente mañana para Cartagena. Además de los directores de las armas, le acompañarán el marqués del Duero, como capitán general, y el general Zabala.»

ÚLTIMA HORA.

CONGRESO.

El Sr. Ortiz de Zárate apoya una proposición de ley para que en lo sucesivo corra a cargo de los Prelados diocesanos la impresión e inversión de las Bulas de la Santa Cruzada.

El señor ministro de Gracia y Justicia contesta manifestando que ya ha tomado algunas medidas en ese sentido, en virtud de las cuales se han entregado a algunos Prelados cantidades de las correspondientes a la Bula de la Santa Cruzada.

Con motivo del criminal atentado cometido ayer en Madrid, el gobernador de esta provincia, Sr. Rojo Arias, ha publicado un energético bando en el que promete perseguir al brazo que ha herido y a la voluntad que ha impulsado al crimen.

Dice así este documento: «Pueblo de Madrid: Habitantes de esta provincia. Un atentado horrible ha tenido lugar a primera hora de la noche de ayer.

Una cuadrilla de asesinos, realizando un plan frío y macabromente preparado, acrobataron a balazos el coche del presidente del Consejo de ministros, hiriéndole a él y a uno de los dos ayudantes que le acompañaban.

«Necesita comentarios tan bárbaro crimen?

No: lo que es preciso, lo que demanda la honra de este pueblo, lo que exige el sentimiento español, es que mientras la justicia busca el brazo que hiere y la voluntad que haya podido darle impulso y dirigirle, vosotros, hombres honrados, toméis enseñanza de este hecho insólito y os preocupéis contra los que, predicando, para mancharlas, ideas políticas que no profesan, buscan, preparan o dejan hacer como medio de realizar aquello en que creen, el asesinato, el terror y la subversión completa de todos los principios en que descansa el orden social.

En mi primer bando os ofrecí tener en todos mis actos a la ley por único norte. En este quiero daros la seguridad de que la ley ha de cumplirse y de que el orden social se salvará.

Madrid 28 de Diciembre de 1870.—El gobernador civil, Ignacio Rojo Arias.

Ciertas frases de este bando han parecido a algunos que encierran alusiones a las diversas clases o gérmenes de determinado partido revolucionario.

Sin duda por eso La República libérica le combate con toda energía en un párrafo, del cual solo tomamos las siguientes líneas:

«Ignoramos, porque el Sr. Rojo Arias no está bien explicado, a qué hechos concretos se refiere, y quienes son los que buscan preparar o dejan hacer; pero, diríase a quien quiera, semejantes acusaciones sentían muy mal en un gobernador, y peor cuando este gobernador pertenece a un partido que no se atreve ni a protestar en forma debida contra la partida de la Porra.»

Dice un periódico, que son tantos los pretendientes a las plazas de ministro del Tribunal Mayor de Cuentas, sin incluir las recomendaciones en favor de los actuales titulares, que se cree punto menos que imposible que la comisión elegida para hacer los nombramientos, llegue a ponerse de acuerdo antes de disolverse las Cortes.

«Oh fuerza del patriotismo progresero!

Según un diario noticiero, anteanoche se promovió un fuerte escándalo en el café de Madrid con motivo de haber entrado la autoridad para detener a una persona muy conocida en esta capital, cuya prisión no pudo realizarse, a causa del escándalo promovido.

Ayer parece que se recibió un telegrama de Cuba sobre la cuestión del Banco, en sentido favorable al proyecto del Gobierno, relativo a la deuda de Ultramar.

Dice un periódico, que el mariscal de campo señor Peralta se ha vuelto a encargar del gobierno militar de esta plaza, habiendo cesado el general Pamplon, cuyo cargo desempeñaba interinamente.

Según La Correspondencia, el Sr. D. Salustiano Olazáguiz se halla enfermo y por eso no pudo asistir anteanoche a la reunión de hombres políticos convocada por el regente.

El Sr. Ministro de la Gobernación, ha presentado a las Cortes el siguiente proyecto de ley:

Se autoriza al gobierno para que mediante pública licitación, pueda concederse permiso, con privilegio de tiempo y de lugar durante 40 años, para el establecimiento de un cable telegráfico submarino entre la costa occidental de la Península y las islas Canarias, que poniendo entre sí las de Tenerife y Gran Canaria pueda continuarse a la América si así se solicitase.

Las siguientes noticias son de La Correspondencia de anoche:

«Los jefes y oficiales de los cuerpos de la guarnición de Madrid, han protestado del atentado cometido anteanoche contra la persona del presidente del Consejo de Ministros.

—Ha llegado a Madrid el brigadier Lagunero, comandante general de Burgos.

—Ha sido nombrado presidente del Tribunal Su-

premo de la Guerra, el Sr. Lopez Letona, capitán general que era en el distrito de Galicia.

—Se ha encargado del mando de la brigada de cazadores que se hallaba en Córdoba, el Sr. Hidalgo.

—Se ha dispuesto que los comandantes de infantería, D. Francisco García, comandante de Lucena y D. Diego Pintos, teniente coronel, jefe de la comisión de reserva de Córdoba, cambien mutuamente de destino.

El preámbulo del dictamen de la comisión sobre suspensión de garantías, dice de este modo:

«A LAS CORTES.

Un odioso atentado que podría menoscabar la honra de España si la general protesta que se ha levantado contra sus cobardes perpetradores no hubiera venido a poner de manifiesto el horror profundo que en esta tierra hidalga y generosa despierta siempre el crimen, aun cuando se cubra con la máscara de la pasión política o el fanatismo ciego, ha revelado de una manera sangrienta los medios que están dispuestos a emplear para comprometer el orden público algunos turbulentos enemigos de las libertades que hemos conquistado y del régimen que las Cortes Constituyentes han establecido, respondiendo a las aspiraciones de la nación. Este suceso doloroso, unido a síntomas que el Gobierno de S. A. el regente ha podido apreciar en toda su magnitud, en los cuales palpita la intención declarada, por parte de ciertos elementos mal avenidos con el reposo público y el respeto a las leyes, de acudir a vías de hecho, desafiando los medios legítimos de oposición y desconociendo la fuerza del derecho que a todos ampara, hace necesaria, la suspensión de las garantías constitucionales en la forma prescrita en el Código fundamental de la monarquía, para proteger los intereses de la revolución y la sociedad, temerariamente amenazados.

No proponen sin honda pena los diputados que suscriben este dictamen a la resolución de las Cortes Constituyentes; pero lo hacen en cumplimiento de un deber imperioso, violentados por la apremiante gravedad de las circunstancias, en defensa de las instituciones que la nación en uso de su soberanía se ha dado, de la paz pública y del orden social. Armado el Gobierno legalmente con la suspensión que reclama, podrá atender, si el peligro arrecia, a la seguridad de los altísimos intereses que tiene la obligación de guardar como depósito sagrado. Sacrificio costoso es ciertamente el que exige de la Asamblea la tranquilidad del Estado; pero no debe vacilar en consumarle ante las aras de la patria, con la esperanza de que cuando las dificultades desaparezcan y nuestro oscuro horizonte se aclare, la opinión y la historia harán justicia a la rectitud de las intenciones que la animan, reconociendo que si con su inteligencia restableció en España la libertad constitucional, con su energía en momentos solemnes supo robustecerla y salvarla.

La fórmula adoptada por la comisión y el Gobierno para la suspensión de las garantías constitucionales demuestra que el poder público está dispuesto a defender el orden, base robusta de la libertad, sin atentar en lo más mínimo a la integridad de los derechos que las Cortes Constituyentes han proclamado y quieren afirmar a todo trance.

En vista de las consideraciones expuestas, los diputados que suscriben tienen el honor de proponer a la Asamblea el siguiente:

A este preámbulo sigue el proyecto de ley que nuestros lectores habrán visto en otra parte del presente número.

PARTE EXTRANJERA.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

(De la Gaceta de hoy.)

BERLIN 28 de Diciembre, a las once y cuarenta minutos de la mañana; Madrid id., a las once y diez minutos de la noche.—Comunicado a la Embajada de la Confederación de la Alemania del Norte: «Oficial.—Versalles 28.—El bombardeo de Mont-Avon empezó el 27, durando todo el día, y continuará hoy. Nuestras pérdidas insignificantes.

(De la Agencia Fabra.)

BURDEOS, 27 (a una de la tarde).—Un telegrama fechado en Mars, 26, contiene un orden del día del general Ghaney al ejército, dándole a conocer la protesta que con fecha del 26 ha dirigido al comandante prusiano en Vendome por un parlamentario.

Tiene la seguridad de que el ejército se asociará a su indignación y su deseo de vengarse de tales injurias.

Dice la protesta: «Al comandante prusiano en Vendome: Acabo de saber que violencias incalificables han sido cometidas por las tropas que están a

las han sido cometidas por las tropas que están a nuestras órdenes, en las poblaciones inofensivas de Saint-Galais.

A pesar del buen tratamiento que han recibido vuestros enfermos y vuestros heridos, vuestros oficiales han exigido dinero y autorizado el saqueo. Esto es un abuso de la fuerza que pesará sobre vuestras conciencias. El patriotismo de vuestras poblaciones sabrá soportarlo, pero es imposible admitir que añadáis a esto injurias gratuitas.

Habéis dicho que estábamos vencidos, esto es falso. Os hemos batido y tenido en jaque desde el 4 de Diciembre. Habéis tenido la osadía de calificar de cobardes a los que no podían contestaros, pretendiendo que sufrían la voluntad del Gobierno de la defensa nacional que los obligaba a resistir cuando querían la paz.

Protesto, con el derecho que me da para hablar así la resistencia de la Francia entera y la que os opone el ejército que no habéis podido vencer hasta ahora.

Afirmo otra vez lo que ya habéis conocido por nuestra resistencia; lucharemos con la conciencia de nuestro derecho y de nuestra valentía. Cualesquiera que sean los sacrificios que tengamos que hacer, lucharemos a todo trance, sin tregua ni misericordia.

Se trata hoy de combatir, no enemigos leales, si no hordas de devastadores que quieren únicamente la ruina de una nación que quiere conservar su honra, su independencia y su prestigio.

A la generosidad con que tratamos a vuestros prisioneros y heridos, contestamos con la insolencia, el incendio y el saqueo. Protesto, pues, con indignación en nombre de la humanidad y del derecho de gentes, que arrastráis por el suelo.

Esta orden del día ha sido leída tres veces a las tropas.

Cartas de París del 20 dicen que el general Ducrot estaba muy confiado en el éxito de la salida que debía verificarse de un momento a otro. Dichas cartas afirman que el abastecimiento del pan estaba asegurado para dos meses.

La salida se verificó, en efecto, el 22, y los franceses, dueños de Champigny, dejaron limpia una buena parte del valle donde corre el río Marne. Los franceses llegaron hasta mas allá del Bourget, y durmieron en Groully y Drancy. El ala derecha había tomado varios pueblos y las posiciones de Neuilly, Sur-Marne, Ville-Evrard y La Maison Blanche, y la artillería francesa había hecho salir más de 200 cañones de las selvas de Bondy y otras vecinas que les servían de refugio.

El prefecto prusiano de Rouen ha publicado una proclama declarando abolidas todas las leyes francesas sobre quinielas y Guardia móvil, así como los decretos del Gobierno de la defensa nacional sobre levantamiento en masa y armamento de las poblaciones, sin exceptuar el padron general de la Guardia nacional sedentaria, Guardia móvil sedentaria, y Guardia movilizada, sea el ejército regular, francotiradores o cualquiera otra tropa.

Los contraventores a esta disposición y cualquiera que preste su cooperación al enganche de voluntarios o destruya caminos, canales o puentes serán sometidos a un consejo de guerra que los juzgará con todo el rigor de la ley militar.

En el terrible encarnizamiento a que ha llegado la guerra actual, las represalias se repiten con triste frecuencia. Hé aquí un ejemplo. Dos franco-tiradores fueron ahorcados en los Vosges. Tres días después 17 cadáveres prusianos aparecieron colgados de los árboles inmediatos al lugar de aquella ejecución. Enviase un batallón para castigar a los culpables; pero solo volvieron 40 hombres, y el oficial que los mandaba lloraba de dolor y de rabia al entrar en Strasburgo.

Las correspondencias de Burdeos dicen que no será el Sr. Thiers el representante del Gobierno francés en la conferencia de Londres, sino el mismo ministro de Negocios extranjeros, Sr. Julio Favre, para quien ya se ha pedido un salvo-conduto al rey de Prusia. Los demás plenipotenciarios serán: por Inglaterra, lord Granville; por Austria, el conde Adpöng; por Turquía, Musurus-Pacha; por Rusia, el baron de Brunoff; por Prusia, el conde de Bernstoff; por Italia, el marqués d'Azeglio.

La primera sesión tendrá lugar el 3 de Enero.

Dice una carta de Florencia:

«Según decretos de 23 de Octubre, publicados ayer en la Gaceta oficial de Roma, que dejan de reemplazarse a los oficiales de la infantería pontificia, esos señores cobrarán del presupuesto de la guerra, la cantidad de 181,825 francos 20 céntimos.

Esta lista en que figuran el coronel Aquiles Azzanesi y los tenientes coroneles Zanetti y Sparagna, comprende cinco comandantes, treinta y siete capitanes, veintiseis tenientes y treinta subtenientes.

El cardenal Antonelli, ha encargado a Mons. Ledochowsky que represente al Papa en la ceremonia de la coronación imperial del rey Guillermo.

El propio prelado estará encargado de presentar al nuevo César una carta autógrafa de Pío IX, en que el Sumo Pontífice felicitará al monarca prusiano por su nueva dignidad y le exhortará a seguir el ejemplo de los Otónes y otros emperadores de Alemania que hicieron tanto en favor de la Santa Sede.

El Parlamento ha comenzado a discutir el proyecto de ley relativo al plebiscito de las provincias romanas.

Los Sres. Ferrari, Carutti y Toscanelli, han tomado la palabra, como también el Sr. Visconti-Venosta, ministro de Negocios extranjeros. Este proyecto ha sido aprobado por 239 votos contra 20. El Señor Guerinoni ha presentado el dictamen sobre el proyecto de ley concerniente a la traslación de la capital a Roma.

La comisión permanente para la defensa del Estado, ha resuelto estudiar un proyecto de fortificación de Roma; y ha nombrado una subcomisión encargada de los estudios preliminares. Se prevé la eventualidad deplorable de que sea precisa una defensa. Se ha pasado el Rubicón.

Esciben de las fronteras de Francia al Diario de Barcelona:

«El primer jefe de las guerrillas de Levante, monsieur Chenet, ha llegado a Tolón a donde le ha enviado Garibaldi con destino a presidio. El general italiano le ha hecho la gracia comutándole la pena de muerte con la inmediata. M. Chenet iba a ser fusilado; ya se le había leído la sentencia y se le había anunciado su ejecución para una hora después, y con este motivo había dictado ya sus últimas disposiciones. Después se le concedió una tregua de cuatro horas que le pareció una penosa prolongación de agonía; pero ya en Méjico, en donde había mandado una contra-guerrilla, los insurrectos que le habían preso, le habían hecho sufrir igual tortura.

Los voluntarios que estaban a las órdenes de ese jefe, se agitaron y querían libertarle. Se decidió, pues, hacerle marchar por el camino de hierro del Mediterráneo. Ignorando su destino y escoldado constantemente por la misma fuerza que había de conducirle a la muerte, oyó durante algunas horas que iban a hacerlo apelar en alguna estación para fusilarle en un campo.

Por fin llegó a Tolón, y allí la autoridad marítima se negó a admitirlo en el presidio; quería que se le presentase una sentencia dictada por algún tribunal con arreglo a la ley, e interinamente le encerró en la cárcel.

Por su parte M. Gambetta se apresuraba a telegrafiar a Tolón para que se tratase a M. Chenet simplemente como acusado, no como reo, esperando que hubiera podido examinar la causa y hacer revisar la sentencia del consejo de guerra garibaldino.

Principalmente por este triste conflicto el ministro de la Guerra ha venido a Lyon. Pretendese que Garibaldi está menos comprometido en el asunto, y que todo ello es obra de ciertos hombres que le rodean y que hubieran deseado vengarse de las medidas disciplinarias del comandante Chenet.

Habían mediado piques y rivalidades de campo de batalla, acusaciones de incapacidad, diciéndose que M. Chenet había comprometido la columna con falsas maniobras. Hubo uno que agravó este debate con una denuncia calumniosa, con una acusación de deserción supuesta; y la sentencia de muerte fue pronunciada bajo la impresión de esta calumnia; pero desde entonces se ha puesto la cosa en claro, y se dice que el acusador tendrá ahora que sincerarse.

Tales son los rumores que circulan en Tolón y en Marsella, que han proporcionado a M. Chenet algunos marinos voluntarios.

En ambos puntos reina gran efervescencia contra los abusos que el Estado mayor garibaldino se permite en territorio francés. A pesar de su incontestable valor, el jefe italiano va perdiendo prestigio, aun entre sus compatriotas. Estos, siguiendo sus ideas de neutralidad o de oposición a la república, desprecian el proceder de Garibaldi. Los de Niza que son ahora los peor dispuestos con respecto a Francia, son los que más se quejan. Y aun Garibaldi parece muy contrariado por la oposición que encuentra; y lo del comandante M. Chenet le traerá nuevos disgustos, tras los cuales se prevé que habrá de presentar la dimisión...

PARTE OFICIAL.

La Gaceta de hoy publica tres decretos de fecha 27 del corriente, los dos primeros suscritos por el ministro de Gracia y Justicia, nombrando ministro de Estado a D. Juan Bautista Topete, y disponiendo que este se encargue interinamente de la presidencia del Consejo de ministros y del ministerio de la Guerra. Por el otro decreto firmado por el referido Sr. Topete, como presidente interino del Consejo de ministros, se nombra ministro de Ultramar a D. Adelardo Lopez de Ayala.

Por decreto del ministerio de la Guerra del 28 de Diciembre, suscrito por el presidente interino del Consejo de ministros, se dispone que durante la ausencia del ministro interino de la Guerra, se encargue del despacho de dicho ministerio el mariscal de campo D. José Sánchez Bregua, subsecretario del mismo.

NOTICIAS GENERALES.

Las lluvias y las nieves que han caído en todas o la mayor parte de las provincias han estropeado los caminos, y esta es la causa de que los correos lleguen a Madrid diariamente con algunas horas de atraso, pues los trenes del ferro-carril no pueden marchar con la velocidad necesaria, y muchas veces tienen que hacer interrupciones o atravesar desiertos los trozos de la vía que ofrecen poca seguridad.

En Madrid cayó anteanoche una regular nevada, a la que han seguido los hielos.

Según un diario de Zaragoza, recientemente se ha cometido en Belchite un crimen horrible. Durante la Misa mayor robaron a una pobre anciana de ochenta años lo que poseía, y los criminales, no contentos con eso, la asesinaron bárbaramente.

De los billetes falsos del Banco de España que, según hemos dicho, fueron descubiertos hace pocos días, parece que hasta ahora no se ha sabido que ninguno haya ido a dominio particular ni que haya ocasionado pérdidas.

Parece que en el observatorio de San Fernando se han podido sacar hasta 32 fotografías del eclipse de sol y un cierto número de observaciones generales, a pesar de que las nubes impidieron hacer observaciones generales.

En Cádiz, Puerto de Santa María, Jerez y Sanlúcar, las circunstancias atmosféricas fueron poco diferentes a las de San Fernando; no obstante, en Cádiz y Jerez, según dice un periódico, pudo disfrutarse de la totalidad por completo, y poco menos en Sanlúcar y Puerto de Santa María, y en todos estos puntos se han hecho algunas observaciones útiles.

Hé aquí las materias que contiene el último número de la Revista hispano-americana *Altar y Trono*: Los albores de la monarquía democrática, por don Valentín Gomez.—Balance, por D. A. J. de Vildósola.—Glorias del liberalismo: las ruinas de Santo Domingo del Real (artículo vi), por D. Fernando Brievar y Salvatierra.—Observaciones al discurso del honorable Sr. Montero Rios sobre el matrimonio civil (artículo ii), por D. D. Hevia.—Crónica de la guerra.—Virginia, ó Roma en tiempo de Neron (continuación).—Correspondencia extranjera.—Revista de la semana.—Crónica general del mundo.—Parte oficial de la Gaceta.—Súeltos.—Además, con el presente número se reparte el pliego 12 (16 páginas) de la obra titulada *Arqueología cristiana española*, escrita por D. Ramon Vinader.

Treinta y cinco años de éxito y las muchas obras obtenidas, confirman la reputación del Vino de zarzarrilla y de los Bolos de Armenia del Doctor Ch. Albert. Ambos medicamentos los recomiendan los médicos de los hospitales de París a las personas atacadas de enfermedades contagiosas, cánceres ó llagas escorfulas, vicios de la sangre, etc. Para más detalles, véase el «Tratado de las enfermedades secretas» por el Dr. Ch. Albert, que se da gratis en todas las farmacias y depositarias del Vino de zarzarrilla y de Bolos de Armenia.

SECCION RELIGIOSA.

SANTO DE HOY. Santo Tomás Cantuariense, obispo y mártir.

SANTO DE MAÑANA. La Traslación de Santiago Apóstol y San Sabino y compañeros mártires.

CELTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta horas en la iglesia parroquial de San Millán, donde por la mañana habrá Misa mayor, y por la tarde completas y reserva.

En las Comendadoras de Santiago se celebrará la Traslación del Santo Apóstol con Misa mayor, manifestación y sermon.

VISITA DE LA CORTE DE MARIA. Nuestra Señora de las Tribulaciones en San Millán, ó la de las Angustias en las Escuelas Pías de San Fernando.

Se reza de la Traslación de Santiago Apóstol, con rito doble mayor y color encarnado, haciéndose conmemoración de las cuatro octavas.

Imprenta de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL,

Pelayo, 34,

A cargo de R. Labajos y Arenas.

SECCION DE ANUNCIOS.

AGENDA DE BUFETE

Ó LIBRO DE MEMORIA DIARIO PARA 1871

CON NOTICIAS Y GUIA DE MADRID.

PRECIOS.

PROVINCIA.	Remitida por el correo.	PROVINCIA.	Por medio de los correos que las han recibido por otro conducto.
MADRID.			
En rústica.	4 peseta y 75 cént.	2 pesetas y 25 cént.	2 — 50 —
Encartonada.	2 — 50 —	2 — 50 —	2 — 50 —
En tela a la inglesa.	3 — 25 —	4 — 75 —	3 — 75 —

Esta Agenda está ya tan generalizada por toda España que nos ahorra el trabajo de encarecer su gran utilidad material y positiva; siendo por lo tanto indispensable en todas las casas tanto particulares como de comercio.

La Agenda de Bufete recibe todos los años notables é importantes mejoras; así que este año, entre otras de más ó menos importancia, se cuentan: la Ley sobre reforma de los Aranceles notariales, tan útil a todas las clases de la sociedad; la Reforma del papel sellado, Cédulas de empadronamiento, licencias de armas, etc., etc., conteniendo además la lista de los diputados a Cortes, con las señas de sus habitaciones; las tarifas de todos los ferro-carriles de España con las horas de salida y llegada de los trenes; una reseña de los principales establecimientos de baños, con la indicación de las estaciones de ferro-carriles donde tienen que apearse los viajeros; las tarifas y reglamentos de los coches de plaza y a la calesera, etc., etc.

Se halla de venta en la librería extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Baillière, plaza de Topete, núm. 8, Madrid.—En la misma librería hay un gran surtido de Almanques, Calendarios y Agendas para 1871, así como toda clase de obras nacionales y extranjeras, y admite suscripciones a todos los periódicos.

INJECTION BROU

Higiénica, infalible y preservativa, cura sin el auxilio de otro medicamento. — Vendese en todas las farmacias (Exigir el método). 30 años de éxito. — París, BROU, inv., boulevard Magenta, 158.

PILDORAS

DE FRANKLIN.

De éxito seguro, eficaz é infalible contra los catarros laríngeos, bronquiales y pulmonales crónicos. Recomendadas por los principales profesores de Madrid y provincias con preferencia a toda otra medicación. Caja con su explicación detallada a 20 rs.

Único depósito en Madrid: plaza del Angel, núm. 3, farmacia de Escolar.

CHOCOLATES SUPERIORES

DE LA

COMPANIA ESPAÑOLA.

GRAN FABRICA MOVIDA AL VAPOR.

Paseo de Areneros, 8, Barrio de Posas.

MADRID.

La gran aceptación que han merecido en toda la Península los exquisitos chocolates y cafés de la Compañía Española por todas las clases de la sociedad, es la mejor garantía que podemos presentar a los que no habiendo aún hecho uso de sus productos se sirvan utilizarse de ellos si quiera como prueba, en la seguridad de que su resultado superará a cuanto pudiéramos decir en elogio de los mismos.

Para que el público pueda apreciar la importancia de este establecimiento, y convencerse por sí mismo de la esmerada limpieza con que se ejecutan todas sus operaciones, la Compañía Española invita a que se visiten sus talleres durante las horas de trabajo.

Los chocolates y cafés de la Española se venden en los establecimientos de ultramarinos y confiterías de Madrid, y en las principales poblaciones de provincias.

Se remiten prospectos. Dirigirse a la fábrica. (Núm. 798.)

PASTA Y JARABE DE BERTHE

A LA CODEINA.

Pocos medicamentos poseen propiedades tan eficaces, ninguno calma con mas seguridad la tos rebelde de la gripe, del catarro, de la coqueluche, de la tisis y demás irritaciones del pecho.

NOTA. — Como prueba de sus propiedades eminentes el Jarabe de Codeína ha obtenido el raro honor de ser designado como uno de los medicamentos oficiales del Imperio francés.

Desconfiar de las falsificaciones y exigir esta firma:

Deposito general casa Berthé, 24, rue des Ecoles, y farmacia central de Francia, 7, rue de Jouy, en París. — En Madrid, por mayor, Agencia francesa — española, 34, calle del Sordo, en provincias sus depositarios. En Madrid: Sres. Borrell, Hermanos; Moreno Miquel-Sanchez Ocaña y Escolar.

COMPANIA

10, rue Turenne, París, y

Utilidad y economía para todas las familias, para enfermos, ejércitos, sociedades de beneficencia, etc.

Precios en España. Bote de 12 libras 30 rs.; id. 14 de libra 16 rs.; id. 18 de libra 9 rs.

Depósitos al por menor: en Madrid, Sres. Moreno Miquel, Escolar, Sanchez Ocaña y Ortega; en Bilbao, E. de Arriaga.

OF MEAT

98, boulevard Hausmann.

Verdadero extracto de carne para reemplazar el puchero, acomodar legumbres, carnes, salsas, pasteles, etc.

Deposito general para España, Agencia franco-española, Sordo, 31, Madrid.

(A1331)

ESPECÍFICO CONTRA LA SORDERA.

V. LERIVIEREND, farmacéutico de primera clase.—París rue du Cardinal Fesch, 4 bis. Su eficacia es constante en todos los casos de sordera accidental, y no necesita ningún tratamiento interior. Mójese mañana y tarde con este líquido el interior del oído durante quince días, y la cura será completa sin temor de recaída. Así lo prueban numerosas experiencias hechas en Francia y otros países.

Venta por mayor: en Madrid, Agencia franco-española, Sordo, 31. Por men. a 46 rs. Sres. Borrell hermanos, Moreno Miquel, Escolar y Ortega.

CONFERENCIAS

PRONUNCIADAS EN LA CATEDRAL DE PARÍS POR EL R. PADRE FELIX AN

Materias de que tratan.—Conferencia I: La Economía anticristiana con relación al hombre.—II: La economía anticristiana con relación a la familia.—III: La economía anticristiana y el pauperismo.—IV: El cristianismo y el pauperismo.—V y VI: El trabajo cristiano con relación a la economía.

Estas conferencias de 1866, forman un folleto de 466 páginas y está de venta en a continuación de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, Pelayo, 34 y 46, a 4 rs. en Madrid.

CONFERENCIAS

PRONUNCIADAS EN LA CATEDRAL DE PARÍS POR EL R. PADRE FELIX AN

Materias de que tratan.—Conferencia I: La existencia de la Iglesia.—II: La Iglesia rechazada, la Iglesia necesaria.—III: De la vitalidad de la Iglesia.—IV: De la santidad de la Iglesia.—V: Del catolicismo de la Iglesia.—VI y última: De la unidad de la Iglesia católica.

Estas Conferencias de 1869 forman un folleto de 168 páginas, y se venden a 4 reales en Madrid y 5 en provincias en la administración de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, Pelayo, 34 y 40.

También están de venta a los mismos precios las Conferencias de los